Hechos

La promesa del Espíritu Santo

1 En mi primer relato, Teófilo, escribí acerca de
todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar
2 hasta el día en que fue llevado al cielo,
después de dar instrucciones por medio del
Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido.
3 A ellos se presentó vivo después de su
sufrimiento, con muchas pruebas convincentes;
se les apareció durante cuarenta días y les habló
acerca del reino de Dios.
4 Mientras estaba reunido con ellos, les ordenó
que no se alejaran de Jerusalén, sino que
esperaran la promesa del Padre: «La que oyeron
de mí;
5 porque Juan bautizó con agua, pero ustedes
serán bautizados con el Espíritu Santo dentro de
pocos días».

La ascensión

6 Entonces, los que se habían reunido le
preguntaban: «Señor, ¿vas a restaurar el reino a
Israel en este tiempo?».
7 Él les dijo: «No les corresponde conocer los
tiempos o las ocasiones que el Padre ha fijado
con su propia autoridad;
8 pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo
venga sobre ustedes, y serán mis testigos en
Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los
confines de la tierra».

9 Después de decir esto, fue elevado mientras
ellos miraban, y una nube lo ocultó de su vista.
10 Mientras miraban fijamente al cielo cuando
él se iba, de pronto se presentaron junto a ellos
dos hombres vestidos de blanco,
11 que les dijeron: «Hombres de Galilea, ¿por
qué se quedan mirando al cielo? Este Jesús, que
ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá
de la misma manera en que lo vieron ir al cielo».

Elección del sucesor de Judas

12 Entonces regresaron a Jerusalén desde el
monte llamado de los Olivos, que está cerca de
Jerusalén, a un kilómetro de distancia.
13 Cuando entraron, subieron a la habitación
de la planta alta donde se hospedaban: Pedro,
Juan, Jacobo y Andrés; Felipe y Tomás;
Bartolomé y Mateo; Jacobo hijo de Alfeo, Simón
el Zelote y Judas hijo de Jacobo.
14 Todos ellos perseveraban unánimes en la
oración, junto con las mujeres, María la madre
de Jesús y los hermanos de él.

15 En aquellos días, Pedro se puso de pie en
medio de los hermanos —había unas ciento
veinte personas reunidas— y dijo:
16 «Hermanos, tenía que cumplirse la Escritura
que el Espíritu Santo anunció de antemano por
boca de David acerca de Judas, que sirvió de
guía a los que arrestaron a Jesús;
17 porque era uno de nosotros y le había
correspondido una parte en este ministerio».

18 Este adquirió un terreno con la recompensa
de su maldad; cayó de cabeza, se reventó por la
mitad y se derramaron todas sus entrañas.
19 Esto llegó a ser conocido por todos los
habitantes de Jerusalén, de modo que aquel
terreno se llamó en su propia lengua Acéldama,
es decir, Campo de Sangre.

20 «Porque está escrito en el libro de los
Salmos:

“Que su morada quede desierta y que no haya
quien viva en ella”;

y:

“Que otro tome su cargo”.

21 Por tanto, es necesario que, de los hombres
que nos acompañaron durante todo el tiempo en
que el Señor Jesús vivió entre nosotros,
22 desde el bautismo de Juan hasta el día en
que fue llevado de entre nosotros, uno llegue a
ser, junto con nosotros, testigo de su
resurrección».
23 Así que presentaron a dos: José, llamado
Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y
Matías.
24 Y oraron diciendo: «Tú, Señor, que conoces
los corazones de todos, muestra a cuál de estos
dos has escogido
25 para ocupar el lugar en este ministerio y
apostolado del que Judas se apartó para irse a su
propio lugar».
26 Entonces echaron suertes sobre ellos; la
suerte cayó en Matías, y fue contado con los
once apóstoles.

2

La venida del Espíritu Santo

1 Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban
todos juntos en el mismo lugar.
2 De repente vino del cielo un estruendo como
de un viento impetuoso, que llenó toda la casa
donde estaban sentados.
3 Se les aparecieron lenguas como de fuego
que se repartían, y una se posó sobre cada uno
de ellos.
4 Todos fueron llenos del Espíritu Santo y
comenzaron a hablar en otras lenguas, según el
Espíritu les concedía expresarse.
5 En Jerusalén vivían judíos, hombres piadosos
de todas las naciones bajo el cielo.
6 Al oírse aquel estruendo, la multitud se
reunió y quedó desconcertada, porque cada uno
los oía hablar en su propia lengua.
7 Estaban asombrados y maravillados, y
decían: «Miren, ¿no son galileos todos estos que
hablan?
8 ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye
en su propia lengua materna?
9 Partos, medos y elamitas; los que vivimos en
Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia,
10 Frigia, Panfilia, Egipto y las regiones de
Libia cercanas a Cirene; los visitantes de Roma,
11 tanto judíos como convertidos al judaísmo;
cretenses y árabes: los oímos hablar en nuestras
lenguas de las grandezas de Dios».
12 Todos estaban asombrados y perplejos, y se
decían unos a otros: «¿Qué significa esto?».

13 Pero otros se burlaban y decían: «Están
llenos de vino dulce».

Primer discurso de Pedro

14 Entonces Pedro se puso de pie con los once,
alzó la voz y les declaró: «Hombres judíos y
todos los que viven en Jerusalén, sepan esto y
escuchen mis palabras.
15 Estos no están borrachos, como ustedes
suponen, pues son las nueve de la mañana.
16 Esto es lo que fue anunciado por medio del
profeta Joel:
17 "En los últimos días, dice Dios, derramaré de
mi Espíritu sobre toda carne.
Sus hijos y sus hijas profetizarán;
sus jóvenes verán visiones, y sus ancianos
soñarán sueños.
18 Aun sobre mis siervos y sobre mis siervas
derramaré de mi Espíritu en aquellos días,
y profetizarán.
19 Haré prodigios arriba en el cielo y señales
abajo en la tierra: sangre, fuego y vapor
de humo.
20 El sol se convertirá en oscuridad y la luna en
sangre, antes de que llegue el día del
Señor, grande y glorioso.
21 Y todo el que invoque el nombre del Señor
será salvo".
22 Hombres de Israel, escuchen estas palabras:
Jesús el Nazareno fue un hombre acreditado por
Dios ante ustedes con obras poderosas,
prodigios y señales que Dios hizo por medio de
él entre ustedes, como ustedes mismos saben.

23 A este, entregado según el plan determinado
y el conocimiento anticipado de Dios, ustedes lo
mataron clavándolo en una cruz por manos de
hombres sin ley.
24 Pero Dios lo resucitó, liberándolo de los
dolores de la muerte, porque era imposible que
ella lo retuviera.
25 Pues David dice acerca de él:
"Veía al Señor siempre delante de mí, porque
está a mi derecha para que no sea
sacudido.
26 Por eso se alegró mi corazón y se regocijó mi
lengua;
también mi cuerpo descansará en
esperanza,
27 porque no abandonarás mi alma en el Hades
ni permitirás que tu Santo vea corrupción.
28 Me has dado a conocer los caminos de la vida;
me llenarás de alegría con tu presencia".
29 Hermanos, puedo hablarles con franqueza
del patriarca David: murió y fue sepultado, y su
tumba está entre nosotros hasta el día de hoy.
30 Como era profeta y sabía que Dios le había
jurado sentar en su trono a uno de sus
descendientes,
31 previó la resurrección de Cristo y habló de
ella: no fue abandonado en el Hades ni su
cuerpo vio corrupción.
32 A este Jesús lo resucitó Dios, y de ello todos
nosotros somos testigos.
33 Exaltado, pues, a la derecha de Dios y
habiendo recibido del Padre la promesa del
Espíritu Santo, ha derramado esto que ustedes
ven y oyen.

34 Porque David no subió a los cielos, pero él
mismo dice:
“El Señor dijo a mi Señor: ‘Siéntate a mi derecha
35 hasta que ponga a tus enemigos como estrado
de tus pies’ ”.
36 Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel
que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron,
Dios lo ha hecho Señor y Cristo».
37 Al oír esto, sintieron el corazón traspasado y
dijeron a Pedro y a los demás apóstoles:
«Hermanos, ¿qué debemos hacer?».
38 Pedro les respondió: «Arrepiéntanse y sea
bautizado cada uno de ustedes en el nombre de
Jesucristo para el perdón de sus pecados, y
recibirán el don del Espíritu Santo.
39 Porque la promesa es para ustedes, para sus
hijos y para todos los que están lejos, para
cuantos llame el Señor nuestro Dios».
40 Con muchas otras palabras daba testimonio
y los exhortaba, diciendo: «Sálvense de esta
generación perversa».
41 Así que los que recibieron su palabra fueron
bautizados, y aquel día se añadieron unas tres
mil personas.

La vida de los primeros cristianos

42 Perseveraban en la enseñanza de los
apóstoles, en la comunión, en el partimiento del
pan y en las oraciones.
43 El temor se apoderaba de todos, y por medio
de los apóstoles se realizaban muchos prodigios
y señales.
44 Todos los que creían estaban juntos y tenían
todas las cosas en común.

45 Vendían sus propiedades y sus bienes, y los
repartían entre todos según la necesidad de cada
uno.
46 Día tras día perseveraban unánimes en el
templo, partían el pan en las casas y compartían
la comida con alegría y sencillez de corazón,
47 alabando a Dios y gozando del favor de todo
el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la
comunidad a los que iban siendo salvos.

3

Curación de un cojo

1 Pedro y Juan subían al templo a la hora de la
oración, a las tres de la tarde.
2 Llevaban a un hombre cojo de nacimiento, a
quien ponían cada día junto a la puerta del
templo llamada Hermosa, para pedir limosna a
los que entraban en el templo.
3 Al ver a Pedro y a Juan a punto de entrar en
el templo, les pedía limosna.
4 Pedro, junto con Juan, lo miró fijamente y le
dijo: «Míranos».
5 Él les prestó atención, esperando recibir algo
de ellos.
6 Pero Pedro dijo: «No tengo plata ni oro; pero
lo que tengo, te lo doy: en el nombre de
Jesucristo el Nazareno, anda».
7 Lo tomó de la mano derecha y lo levantó. Al
instante, sus pies y tobillos cobraron fuerza;
8 de un salto se puso de pie y comenzó a
caminar. Entró con ellos en el templo,
caminando, saltando y alabando a Dios.
9 Todo el pueblo lo vio caminar y alabar a Dios.

10 Reconocieron que era el que se sentaba a
pedir limosna en la puerta Hermosa del templo,
y se llenaron de asombro y admiración por lo
que le había sucedido.

Discurso de Pedro en el pórtico de Salomón

11 Mientras él se aferraba a Pedro y a Juan,
todo el pueblo, lleno de asombro, corrió hacia
ellos al pórtico llamado de Salomón.
12 Al verlo, Pedro se dirigió al pueblo:
«Israelitas, ¿por qué se asombran de esto? ¿Por
qué nos miran fijamente, como si por nuestro
propio poder o devoción hubiéramos hecho
caminar a este hombre?
13 El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el
Dios de nuestros padres, ha glorificado a su
siervo Jesús, a quien ustedes entregaron y
rechazaron ante Pilato, cuando él había decidido
dejarlo en libertad.
14 Ustedes rechazaron al Santo y Justo, y
pidieron que se les concediera la libertad de un
asesino.
15 Mataron al Autor de la vida, a quien Dios
resucitó de entre los muertos; de esto nosotros
somos testigos.
16 Por la fe en su nombre, su nombre ha
fortalecido a este hombre que ustedes ven y
conocen; y la fe que viene por medio de él le ha
dado esta completa salud ante todos ustedes.
17 Ahora bien, hermanos, sé que actuaron por
ignorancia, al igual que sus gobernantes.
18 Pero así Dios cumplió lo que había
anunciado de antemano por boca de todos los
profetas: que su Cristo sufriría.

19 Por tanto, arrepiéntanse y vuélvanse a Dios,
para que sus pecados sean borrados,
20 a fin de que vengan tiempos de alivio de la
presencia del Señor, y él envíe a Jesús, el Cristo
designado de antemano para ustedes.
21 El cielo debe recibirlo hasta los tiempos de
la restauración de todas las cosas, de las que
Dios habló desde la antigüedad por boca de sus
santos profetas.
22 Moisés dijo: “El Señor Dios les levantará de
entre sus hermanos un profeta como yo;
escúchenlo en todo lo que les diga.
23 Y toda persona que no escuche a ese profeta
será exterminada de entre el pueblo”.
24 También todos los profetas que hablaron,
desde Samuel y sus sucesores en adelante,
anunciaron estos días.
25 Ustedes son los hijos de los profetas y del
pacto que Dios estableció con sus padres cuando
dijo a Abraham: “En tu descendencia serán
bendecidas todas las familias de la tierra”.
26 Para ustedes primero, Dios levantó a su
siervo y lo envió para bendecirlos, apartando a
cada uno de ustedes de sus maldades».

4

Pedro y Juan ante el concilio

1 Mientras ellos hablaban al pueblo, se les
acercaron los sacerdotes, el jefe de la guardia
del templo y los saduceos,
2 muy molestos porque enseñaban al pueblo y
anunciaban en Jesús la resurrección de entre los
muertos.

3 Los arrestaron y los pusieron bajo custodia
hasta el día siguiente, pues ya era tarde.
4 Pero muchos de los que habían oído la
palabra creyeron, y el número de hombres llegó
a unos cinco mil.

5 Al día siguiente se reunieron en Jerusalén sus
gobernantes, ancianos y escribas,
6 junto con el sumo sacerdote Anás, Caifás,
Juan, Alejandro y todos los que pertenecían a la
familia de los sumos sacerdotes.
7 Los hicieron ponerse en medio y les
preguntaron: «¿Con qué poder o en qué nombre
hicieron ustedes esto?».
8 Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les
dijo: «Gobernantes del pueblo y ancianos,
9 si hoy se nos interroga por el bien hecho a un
hombre enfermo y por cómo ha sido sanado,
10 sepan todos ustedes y todo el pueblo de
Israel que es en el nombre de Jesucristo el
Nazareno, a quien ustedes crucificaron y a
quien Dios resucitó de entre los muertos, que
este hombre está sano ante ustedes.
11 Él es la piedra despreciada por ustedes, los
constructores, que se ha convertido en la piedra
angular.
12 En ningún otro hay salvación, porque no
hay otro nombre bajo el cielo dado a los
hombres por el cual debamos ser salvos».

13 Al ver la valentía de Pedro y Juan, y darse
cuenta de que eran hombres sin instrucción y
gente común, se asombraban. También
reconocían que habían estado con Jesús.

14 Pero, al ver de pie junto a ellos al hombre
que había sido sanado, no tenían nada que
oponer.
15 Les ordenaron salir del Concilio y
deliberaban entre sí,
16 diciendo: «¿Qué haremos con estos
hombres? Es evidente para todos los habitantes
de Jerusalén que por medio de ellos se ha
realizado una señal notoria, y no podemos
negarlo.
17 Pero para que esto no se divulgue más entre
el pueblo, amenacémoslos para que no vuelvan
a hablar a nadie en este nombre».
18 Entonces los llamaron y les ordenaron que
de ningún modo hablaran ni enseñaran en el
nombre de Jesús.
19 Pero Pedro y Juan les respondieron:
«Juzguen ustedes si es justo ante Dios
obedecerlos a ustedes antes que a Dios,
20 porque nosotros no podemos dejar de
hablar de lo que hemos visto y oído».
21 Después de amenazarlos de nuevo, los
dejaron ir. No encontraban cómo castigarlos por
causa del pueblo, pues todos glorificaban a Dios
por lo sucedido.
22 Porque el hombre en quien se había
realizado esta señal de sanidad tenía más de
cuarenta años.

Los creyentes piden confianza y valor

23 Una vez en libertad, fueron a los suyos y les
contaron todo lo que los principales sacerdotes y
los ancianos les habían dicho.

24 Al oírlo, alzaron unánimes la voz a Dios y
dijeron: «Soberano Señor, tú hiciste el cielo, la
tierra, el mar y todo lo que hay en ellos.
25 Tú dijiste por el Espíritu Santo, por boca de
nuestro padre David, tu siervo:
"¿Por qué se enfurecieron las naciones y los
pueblos tramaron cosas vanas?
26 Los reyes de la tierra se alzaron, y los
gobernantes se reunieron contra el Señor
y contra su Cristo".
27 Porque en verdad se reunieron en esta
ciudad Herodes y Poncio Pilato, junto con los
gentiles y los pueblos de Israel, contra tu santo
siervo Jesús, a quien ungiste,
28 para hacer cuanto tu mano y tu plan habían
determinado de antemano que sucediera.
29 Y ahora, Señor, mira sus amenazas y
concede a tus siervos hablar tu palabra con toda
valentía,
30 mientras extiendes tu mano para sanar y se
realizan señales y prodigios por medio del
nombre de tu santo siervo Jesús».
31 Cuando terminaron de orar, tembló el lugar
donde estaban reunidos. Todos fueron llenos del
Espíritu Santo y hablaban la palabra de Dios con
valentía.

Todas las cosas en común

32 La multitud de los que habían creído tenía
un solo corazón y una sola alma. Nadie decía
que fuera suyo propio nada de lo que poseía,
sino que tenían todas las cosas en común.

33 Con gran poder los apóstoles daban
testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y
abundante gracia estaba sobre todos ellos.
34 No había ningún necesitado entre ellos,
pues todos los que poseían terrenos o casas los
vendían, llevaban el importe de lo vendido
35 y lo ponían a los pies de los apóstoles. Se
repartía a cada uno según su necesidad.
36 José, a quien los apóstoles llamaron
Bernabé, que significa «hijo de consolación», era
levita y natural de Chipre.
37 Tenía un campo, lo vendió, llevó el dinero y
lo puso a los pies de los apóstoles.

5

Ananías y Safira

1 Un hombre llamado Ananías, junto con
Safira su esposa, vendió una propiedad
2 y se quedó con parte del precio, con
conocimiento de su esposa. Llevó una parte y la
puso a los pies de los apóstoles.
3 Entonces Pedro dijo: «Ananías, ¿por qué ha
llenado Satanás tu corazón para que mientas al
Espíritu Santo y te quedes con parte del precio
del terreno?
4 Mientras lo conservabas, ¿no seguía siendo
tuyo? Y una vez vendido, ¿no podías disponer de
su precio? ¿Por qué concebiste en tu corazón
este propósito? No has mentido a los hombres,
sino a Dios».
5 Al oír estas palabras, Ananías cayó y murió.
Un gran temor se apoderó de todos los que lo
oyeron.

6 Los jóvenes se levantaron, envolvieron su
cuerpo, lo sacaron y lo sepultaron.
7 Unas tres horas después entró su esposa, sin
saber lo que había sucedido.
8 Pedro le preguntó: «Dime, ¿vendieron el
terreno por esta cantidad?». Ella dijo: «Sí, por
esa cantidad».
9 Entonces Pedro le dijo: «¿Por qué se pusieron
de acuerdo para poner a prueba al Espíritu del
Señor? Mira, a la puerta están los pies de los que
sepultaron a tu esposo, y también te sacarán a
ti».
10 Al instante, ella cayó a sus pies y murió.
Cuando entraron los jóvenes, la encontraron
muerta; la sacaron y la sepultaron junto a su
esposo.
11 Un gran temor se apoderó de toda la iglesia
y de todos los que oían estas cosas.

Muchas señales y maravillas

12 Por medio de las manos de los apóstoles se
realizaban muchas señales y prodigios entre el
pueblo. Todos estaban unidos en el pórtico de
Salomón.
13 Ninguno de los demás se atrevía a unirse a
ellos, aunque el pueblo los tenía en gran estima.
14 Y cada vez se añadían más creyentes en el
Señor, multitudes de hombres y de mujeres,
15 hasta el punto de que sacaban a los
enfermos a las calles y los colocaban en camas y
camillas, para que, al pasar Pedro, al menos su
sombra cubriera a alguno de ellos.
16 También acudía la multitud de las ciudades
cercanas a Jerusalén, llevando enfermos y

personas atormentadas por espíritus impuros, y
todos eran sanados.

Los apóstoles son perseguidos

17 Entonces el sumo sacerdote y todos los que
estaban con él, pertenecientes al grupo de los
saduceos, se levantaron llenos de celos,
18 arrestaron a los apóstoles y los pusieron en
la cárcel pública.
19 Pero durante la noche, un ángel del Señor
abrió las puertas de la cárcel, los sacó y les dijo:
20 «Vayan, preséntense en el templo y anuncien
al pueblo todas las palabras de esta vida».
21 Al oír esto, entraron al amanecer en el
templo y comenzaron a enseñar. Cuando
llegaron el sumo sacerdote y los que estaban con
él, convocaron al Concilio y a toda la asamblea
de ancianos de los hijos de Israel, y enviaron a la
prisión para que los trajeran.
22 Pero los guardias que fueron no los
encontraron en la cárcel. Regresaron e
informaron:
23 «Encontramos la prisión cerrada con toda
seguridad y a los guardianes de pie junto a las
puertas; pero, cuando abrimos, no encontramos
a nadie dentro».
24 Al oír estas palabras, el jefe de la guardia del
templo y los principales sacerdotes quedaron
perplejos acerca de ellos y se preguntaban en
qué terminaría aquello.
25 Entonces llegó alguien y les informó:
«¡Miren! Los hombres que metieron en la cárcel
están en el templo, enseñando al pueblo».

26 El jefe fue con los guardias y los trajo, sin
violencia, porque temían que el pueblo los
apedreara.
27 Después de traerlos, los presentaron ante el
Concilio, y el sumo sacerdote los interrogó:
28 «Les ordenamos estrictamente que no
enseñaran en ese nombre, y miren: han llenado
Jerusalén de su enseñanza y quieren hacer
recaer sobre nosotros la sangre de ese hombre».
29 Pedro y los apóstoles respondieron: «Es
necesario obedecer a Dios antes que a los
hombres.
30 El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús,
a quien ustedes mataron colgándolo de un
madero.
31 Dios lo exaltó a su derecha como Príncipe y
Salvador, para conceder a Israel
arrepentimiento y perdón de pecados.
32 Nosotros somos testigos de estas cosas, y
también el Espíritu Santo, que Dios ha dado a
quienes le obedecen».
33 Al oír esto, se enfurecían y querían matarlos.

La intervención de Gamaliel

34 Pero un fariseo llamado Gamaliel, maestro
de la ley respetado por todo el pueblo, se levantó
en el Concilio y ordenó que hicieran salir a los
hombres por un momento.
35 Entonces les dijo: «Israelitas, tengan cuidado
con lo que van a hacer a estos hombres.
36 Porque hace algún tiempo se levantó
Teudas, que afirmaba ser alguien, y se le
unieron unos cuatrocientos hombres. Lo

mataron, y todos los que lo seguían se
dispersaron y quedaron reducidos a nada.
37 Después de él se levantó Judas el Galileo en
los días del censo y arrastró al pueblo tras él.
También él pereció, y todos los que lo seguían
fueron dispersados.
38 Ahora les digo: apártense de estos hombres
y déjenlos; porque, si este propósito o esta obra
procede de los hombres, será destruida;
39 pero, si procede de Dios, no podrán
destruirlos. No sea que se encuentren luchando
contra Dios». Ellos se dejaron convencer por él.
40 Llamaron a los apóstoles y, después de
azotarlos, les ordenaron que no hablaran en el
nombre de Jesús y los dejaron en libertad.
41 Ellos salieron de la presencia del Concilio,
gozosos de haber sido considerados dignos de
sufrir deshonra por el Nombre.
42 Y cada día, en el templo y por las casas, no
dejaban de enseñar y anunciar la buena noticia
de que Jesús es el Cristo.

6

Elección de siete servidores

1 En aquellos días, al multiplicarse los
discípulos, surgió una queja de los judíos de
habla griega contra los de habla hebrea, porque
sus viudas eran desatendidas en la distribución
diaria.
2 Los Doce convocaron a la multitud de los
discípulos y dijeron: «No es apropiado que
nosotros abandonemos la palabra de Dios para
servir a las mesas.

3 Así que, hermanos, escojan de entre ustedes
a siete hombres de buena reputación, llenos del
Espíritu y de sabiduría, a quienes encargaremos
esta tarea.
4 Nosotros perseveraremos en la oración y en
el ministerio de la palabra».
5 La propuesta agradó a toda la multitud.
Escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y del
Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a
Timón, a Parmenas y a Nicolás, un convertido al
judaísmo de Antioquía.
6 Los presentaron ante los apóstoles, quienes
oraron y les impusieron las manos.
7 La palabra de Dios seguía creciendo, y el
número de los discípulos se multiplicaba mucho
en Jerusalén. También un gran número de
sacerdotes obedecía a la fe.

Arresto de Esteban

8 Esteban, lleno de gracia y de poder, realizaba
grandes prodigios y señales entre el pueblo.
9 Pero se levantaron algunos de la sinagoga
llamada de los Libertos, de los de Cirene y
Alejandría y de los de Cilicia y Asia, y discutían
con Esteban.
10 Sin embargo, no podían resistir la sabiduría
y el Espíritu con que hablaba.
11 Entonces instigaron en secreto a unos
hombres para que dijeran: «Lo hemos oído
pronunciar palabras blasfemas contra Moisés y
contra Dios».
12 Agitaron al pueblo, a los ancianos y a los
escribas; se abalanzaron sobre él, lo arrestaron
y lo llevaron ante el Concilio.

13 Presentaron testigos falsos que decían:
«Este hombre no deja de hablar contra el lugar
santo y contra la ley;
14 porque lo hemos oído decir que ese Jesús el
Nazareno destruirá este lugar y cambiará las
costumbres que Moisés nos transmitió».
15 Todos los que estaban sentados en el
Concilio fijaron la mirada en él y vieron su
rostro como el rostro de un ángel.

7

Defensa y muerte de Esteban

1 El sumo sacerdote preguntó: «¿Es esto así?».
2 Él respondió: «Hermanos y padres, escuchen:
el Dios de la gloria se apareció a nuestro padre
Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes
de que viviera en Harán,
3 y le dijo: "Sal de tu tierra y de tu familia, y
ven a la tierra que yo te mostraré".
4 Entonces salió de la tierra de los caldeos y se
estableció en Harán. Desde allí, después de
morir su padre, Dios lo trasladó a esta tierra
donde ustedes viven ahora.
5 No le dio ninguna herencia en ella, ni
siquiera un metro cuadrado, pero prometió
dársela en posesión a él y a su descendencia
después de él, cuando aún no tenía ningún hijo.
6 Dios habló así: su descendencia viviría como
extranjera en tierra ajena, y la esclavizarían y
maltratarían durante cuatrocientos años.
7 "Pero yo juzgaré a la nación a la que sirvan
como esclavos —dijo Dios—; después saldrán y
me rendirán culto en este lugar".

8 Y le dio el pacto de la circuncisión. Así
Abraham engendró a Isaac y lo circuncidó al
octavo día; Isaac engendró a Jacob, y Jacob a los
doce patriarcas.

José y la preservación de su familia

9 Los patriarcas, por envidia de José, lo
vendieron para que fuera llevado a Egipto. Pero
Dios estaba con él
10 y lo libró de todas sus aflicciones. Le
concedió favor y sabiduría ante el faraón, rey de
Egipto, quien lo nombró gobernador sobre
Egipto y sobre toda su casa.
11 Llegó entonces una hambruna a todo Egipto
y Canaán, y hubo gran aflicción; nuestros padres
no encontraban alimentos.
12 Al oír Jacob que había grano en Egipto,
envió a nuestros padres por primera vez.
13 En la segunda ocasión, José se dio a conocer
a sus hermanos, y el faraón supo de la familia de
José.
14 José mandó llamar a Jacob, su padre, y a
toda su familia: setenta y cinco personas.
15 Jacob bajó a Egipto, y allí murieron él y
nuestros padres.
16 Fueron trasladados a Siquem y colocados en
el sepulcro que Abraham había comprado por
una suma de dinero a los hijos de Hamor en
Siquem.

Moisés y la liberación de Israel

17 A medida que se acercaba el tiempo de la
promesa que Dios había hecho a Abraham, el
pueblo crecía y se multiplicaba en Egipto,

18 hasta que surgió otro rey sobre Egipto, que
no conocía a José.
19 Este actuó con astucia contra nuestro
pueblo y maltrató a nuestros padres,
obligándolos a abandonar a sus recién nacidos
para que no sobrevivieran.
20 En aquel tiempo nació Moisés, que era
hermoso a los ojos de Dios. Fue criado durante
tres meses en la casa de su padre.
21 Cuando fue abandonado, la hija del faraón
lo recogió y lo crio como hijo suyo.
22 Moisés fue instruido en toda la sabiduría de
los egipcios y era poderoso en sus palabras y
obras.
23 Cuando cumplió cuarenta años, le vino al
corazón visitar a sus hermanos, los hijos de
Israel.
24 Al ver que uno de ellos era maltratado, lo
defendió y vengó al oprimido, matando al
egipcio.
25 Pensaba que sus hermanos comprenderían
que Dios les daba liberación por medio de él,
pero ellos no lo comprendieron.
26 Al día siguiente se presentó ante unos que
peleaban e intentó reconciliarlos, diciendo:
“Hombres, ustedes son hermanos; ¿por qué se
maltratan el uno al otro?”.
27 Pero el que maltrataba a su prójimo lo
rechazó, diciendo: “¿Quién te nombró
gobernante y juez sobre nosotros?
28 ¿Acaso quieres matarme como mataste ayer
al egipcio?”.
29 Al oír estas palabras, Moisés huyó y vivió

como extranjero en la tierra de Madián, donde
engendró dos hijos.

Dios llama a Moisés en el desierto

30 Al cumplirse cuarenta años, un ángel se le
apareció en el desierto del monte Sinaí, en la
llama de fuego de una zarza.
31 Moisés se asombró al ver aquella visión.
Mientras se acercaba para observarla, se oyó la
voz del Señor:
32 "Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de
Abraham, de Isaac y de Jacob". Moisés se puso a
temblar y no se atrevía a mirar.
33 El Señor le dijo: "Quítate el calzado de los
pies, porque el lugar donde estás es tierra santa.
34 Ciertamente he visto la opresión de mi
pueblo en Egipto y he oído su gemido; he
descendido para librarlos. Ahora ven: te enviaré
a Egipto".
35 A este Moisés, a quien habían rechazado
diciendo: "¿Quién te nombró gobernante y
juez?", a este mismo Dios lo envió como
gobernante y libertador, con la ayuda del ángel
que se le apareció en la zarza.
36 Él los sacó, realizando prodigios y señales en
la tierra de Egipto, en el mar Rojo y en el
desierto durante cuarenta años.
37 Este es el Moisés que dijo a los hijos de
Israel: "Dios les levantará de entre sus hermanos
un profeta como yo".
38 Este es quien estuvo en la asamblea del
desierto, con el ángel que le hablaba en el monte
Sinaí y con nuestros padres; él recibió palabras
vivas para dárnoslas.

39 Nuestros padres no quisieron obedecerlo,
sino que lo rechazaron y en sus corazones se
volvieron a Egipto,
40 diciendo a Aarón: “Haznos dioses que vayan
delante de nosotros, porque no sabemos qué le
ha sucedido a ese Moisés que nos sacó de la
tierra de Egipto”.
41 En aquellos días hicieron un becerro,
ofrecieron un sacrificio al ídolo y se alegraron
por las obras de sus propias manos.
42 Pero Dios se apartó y los entregó a rendir
culto al ejército del cielo, como está escrito en el
libro de los profetas:
“¿Acaso me ofrecieron víctimas y sacrificios
durante cuarenta años en el desierto, casa
de Israel?
43 Llevaron la tienda de Moloc y la estrella del
dios Raifán, las imágenes que hicieron
para adorarlas.
Por eso los desterraré más allá de
Babilonia”.

La tienda y el templo

44 Nuestros padres tenían la tienda del
testimonio en el desierto, tal como había
ordenado el que habló a Moisés, que la hiciera
según el modelo que había visto.
45 Nuestros padres la recibieron y la llevaron
con Josué al tomar posesión de las tierras de las
naciones que Dios expulsó de delante de
nuestros padres. Así fue hasta los días de David,
46 quien halló favor ante Dios y pidió
encontrar una morada para el Dios de Jacob.
47 Pero fue Salomón quien le edificó una casa.

48 Sin embargo, el Altísimo no habita en
lugares hechos por manos humanas, como dice
el profeta:
49 “El cielo es mi trono y la tierra es el estrado de
mis pies.
¿Qué casa me construirán?
—dice el Señor—.
¿O cuál será el lugar de mi descanso?
50 ¿No hizo mi mano todas estas cosas?”.
51 ¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y
de oídos! Ustedes siempre se oponen al Espíritu
Santo; como sus padres, así también ustedes.
52 ¿A cuál de los profetas no persiguieron sus
padres? Mataron a los que anunciaron de
antemano la venida del Justo, de quien ahora
ustedes se han hecho traidores y asesinos;
53 ustedes, que recibieron la ley por
disposición de ángeles y no la guardaron».

El testimonio final de Esteban

54 Al oír estas cosas, se enfurecían en sus
corazones y rechinaban los dientes contra él.
55 Pero él, lleno del Espíritu Santo, fijó la
mirada en el cielo y vio la gloria de Dios y a
Jesús de pie a la derecha de Dios.
56 Y dijo: «¡Miren! Veo los cielos abiertos y al
Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios».
57 Entonces gritaron con fuerza, se taparon los
oídos y se lanzaron todos juntos contra él.
58 Lo echaron fuera de la ciudad y
comenzaron a apedrearlo. Los testigos pusieron
sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo.

59 Mientras apedreaban a Esteban, él invocaba
al Señor y decía: «Señor Jesús, recibe mi
espíritu».
60 Se puso de rodillas y clamó con fuerte voz:
«Señor, no les tomes en cuenta este pecado». Y,
después de decir esto, se durmió.

8

Saulo persigue a la iglesia

1 Saulo aprobaba su muerte. Aquel día se
desató una gran persecución contra la iglesia de
Jerusalén, y todos, excepto los apóstoles, fueron
dispersados por las regiones de Judea y Samaria.
2 Unos hombres piadosos sepultaron a Esteban
e hicieron gran lamentación por él.
3 Pero Saulo devastaba la iglesia: entraba casa
por casa, sacaba a rastras a hombres y mujeres y
los entregaba a la cárcel.

Predicación del evangelio en Samaria

4 Los que habían sido dispersados iban de un
lugar a otro anunciando la buena noticia de la
palabra.
5 Felipe bajó a la ciudad de Samaria y les
proclamaba al Cristo.
6 Las multitudes prestaban atención
unánimemente a lo que Felipe decía, al oírlo y ver
las señales que hacía.
7 Porque de muchos que tenían espíritus
impuros salían estos dando fuertes gritos, y
muchos paralíticos y cojos fueron sanados.
8 Y hubo gran alegría en aquella ciudad.

Simón ante el evangelio y el don de Dios

9 Había en la ciudad un hombre llamado
Simón, que practicaba la magia y asombraba al
pueblo de Samaria, afirmando ser alguien
grande.
10 Todos, desde el pequeño hasta el grande, le
prestaban atención y decían: «Este es el poder
de Dios llamado Grande».
11 Le prestaban atención porque durante
mucho tiempo los había asombrado con sus
artes mágicas.
12 Pero cuando creyeron a Felipe, que
anunciaba la buena noticia acerca del reino de
Dios y del nombre de Jesucristo, se bautizaban
tanto hombres como mujeres.
13 El mismo Simón también creyó y, después
de ser bautizado, permanecía junto a Felipe. Al
ver las señales y los grandes milagros que se
realizaban, quedaba asombrado.

Pedro y Juan visitan Samaria

14 Cuando los apóstoles que estaban en
Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la
palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan.
15 Estos bajaron y oraron por ellos para que
recibieran el Espíritu Santo,
16 porque todavía no había descendido sobre
ninguno de ellos; solamente habían sido
bautizados en el nombre del Señor Jesús.
17 Entonces les imponían las manos y recibían
el Espíritu Santo.

18 Al ver Simón que el Espíritu se daba
mediante la imposición de las manos de los
apóstoles, les ofreció dinero
19 y dijo: «Denme también a mí esta autoridad,
para que reciba el Espíritu Santo aquel a quien
yo imponga las manos».
20 Pero Pedro le dijo: «¡Que tu dinero perezca
contigo, porque pensaste que el don de Dios se
podía adquirir con dinero!
21 No tienes parte ni participación en este
asunto, porque tu corazón no es recto ante Dios.
22 Arrepiéntete, pues, de esta maldad tuya y
ruega al Señor, por si te es perdonada la
intención de tu corazón;
23 porque veo que estás en hiel de amargura y
encadenado por la injusticia».
24 Simón respondió: «Rueguen ustedes al Señor
por mí, para que no me suceda nada de lo que
han dicho».
25 Después de dar testimonio y hablar la
palabra del Señor, regresaban a Jerusalén y
anunciaban la buena noticia en muchas aldeas
de los samaritanos.

Felipe y el etíope

26 Un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo:
«Levántate y ve hacia el sur, al camino que baja
de Jerusalén a Gaza». Este es un camino desierto.
27 Él se levantó y fue. Había un hombre etíope,
eunuco y alto funcionario de Candace, reina de
los etíopes, encargado de todo su tesoro. Había
venido a Jerusalén para adorar

28 y regresaba sentado en su carro, leyendo al
profeta Isaías.
29 El Espíritu dijo a Felipe: «Acércate y ve junto
a ese carro».
30 Felipe se acercó corriendo y lo oyó leer al
profeta Isaías. Le preguntó: «¿Entiendes lo que
lees?».
31 Él respondió: «¿Cómo podría, si nadie me
guía?». E invitó a Felipe a subir y sentarse con él.

32 El pasaje de la Escritura que leía era este:

«Como oveja fue llevado al matadero;
y como cordero mudo ante quien lo
trasquila, así no abre su boca.

33 En su humillación se le negó la justicia.
¿Quién contará su descendencia?
Porque su vida es quitada de la tierra».

34 El eunuco preguntó a Felipe: «Te ruego que
me digas: ¿de quién dice esto el profeta? ¿De sí
mismo o de algún otro?».
35 Felipe tomó la palabra y, comenzando por
esta Escritura, le anunció la buena noticia de
Jesús.
36 Mientras avanzaban por el camino, llegaron
a un lugar donde había agua. El eunuco dijo:
«¡Mira, agua! ¿Qué impide que yo sea
bautizado?».
37 [Felipe dijo: «Si crees con todo tu corazón,
puedes». Él respondió: «Creo que Jesucristo es el
Hijo de Dios».]
38 Y mandó detener el carro. Ambos bajaron al
agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó.

39 Cuando subieron del agua, el Espíritu del
Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a
verlo, pues siguió su camino lleno de alegría.
40 Felipe se encontró en Azoto y, mientras
recorría la región, anunciaba la buena noticia en
todas las ciudades, hasta llegar a Cesarea.

9

Conversión de Saulo
Relatos relacionados: Hechos 22:6–16; Hechos 26:12–18.

1 Saulo, que todavía respiraba amenazas y
muerte contra los discípulos del Señor, fue al
sumo sacerdote
2 y le pidió cartas para las sinagogas de
Damasco, a fin de llevar atados a Jerusalén a
cuantos encontrara que pertenecieran al
Camino, tanto hombres como mujeres.
3 Mientras viajaba, al acercarse a Damasco, de
pronto lo rodeó una luz del cielo.
4 Cayó a tierra y oyó una voz que le decía:
«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».
5 Él preguntó: «¿Quién eres, Señor?». Y la voz
respondió: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues.
6 Pero levántate y entra en la ciudad, y se te
dirá lo que debes hacer».
7 Los hombres que viajaban con él se
quedaron de pie, sin poder hablar; oían la voz,
pero no veían a nadie.
8 Saulo se levantó del suelo y, aunque tenía los
ojos abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la
mano y lo introdujeron en Damasco.
9 Estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.

Ananías recibe un encargo para Saulo

10 En Damasco había un discípulo llamado
Ananías. El Señor le dijo en una visión:
«Ananías». Él respondió: «Aquí estoy, Señor».
11 El Señor le dijo: «Levántate, ve a la calle
llamada Derecha y busca en casa de Judas a un
hombre de Tarso llamado Saulo, porque está
orando
12 y ha visto en una visión a un hombre
llamado Ananías que entra y le impone las
manos para que recobre la vista».
13 Ananías respondió: «Señor, he oído a
muchos hablar de este hombre y de todo el mal
que ha hecho a tus santos en Jerusalén.
14 Y aquí tiene autoridad de los principales
sacerdotes para arrestar a todos los que invocan
tu nombre».
15 Pero el Señor le dijo: «Ve, porque este es mi
instrumento escogido para llevar mi nombre
ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel.
16 Yo le mostraré cuánto debe sufrir por mi
nombre».
17 Ananías fue y entró en la casa. Le impuso
las manos y dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesús,
que se te apareció en el camino por donde
venías, me ha enviado para que recobres la
vista y seas lleno del Espíritu Santo».
18 Al instante cayó de sus ojos algo como
escamas y recobró la vista. Se levantó y fue
bautizado;
19 después comió y recuperó las fuerzas.
Permaneció algunos días con los discípulos que
estaban en Damasco,

Saulo predica en Damasco

20 y enseguida proclamaba en las sinagogas
que Jesús es el Hijo de Dios.
21 Todos los que lo oían quedaban asombrados
y decían: «¿No es este el que perseguía con
violencia en Jerusalén a los que invocan este
nombre? ¿No había venido aquí precisamente
para llevarlos atados ante los principales
sacerdotes?».
22 Pero Saulo se fortalecía cada vez más y
confundía a los judíos que vivían en Damasco,
demostrando que Jesús es el Cristo.

Una conspiración contra Saulo en Damasco

23 Después de muchos días, los judíos se
pusieron de acuerdo para matarlo;
24 pero Saulo se enteró de su conspiración.
Vigilaban las puertas día y noche para matarlo;
25 sin embargo, sus discípulos lo tomaron de
noche y lo bajaron por la muralla, descolgándolo
en una canasta.

Saulo en Jerusalén

26 Cuando llegó a Jerusalén, intentaba unirse a
los discípulos, pero todos le tenían miedo,
porque no creían que fuera discípulo.
27 Entonces Bernabé lo tomó consigo y lo llevó
ante los apóstoles. Les contó cómo había visto al
Señor en el camino, cómo él le había hablado y
cómo en Damasco había hablado con valentía en
el nombre de Jesús.
28 Así andaba con ellos por Jerusalén,
entrando y saliendo, y hablaba con valentía en
el nombre del Señor.

29 Conversaba y discutía con los judíos de
habla griega, pero ellos intentaban matarlo.
30 Al enterarse los hermanos, lo llevaron a
Cesarea y lo enviaron a Tarso.
31 Así, la iglesia tenía paz por toda Judea,
Galilea y Samaria; era edificada, vivía en el
temor del Señor y crecía con el consuelo del
Espíritu Santo.

Curación de Eneas

32 Mientras Pedro recorría todos aquellos
lugares, bajó también a visitar a los santos que
vivían en Lida.
33 Allí encontró a un hombre llamado Eneas,
que llevaba ocho años postrado en una camilla,
porque era paralítico.
34 Pedro le dijo: «Eneas, Jesucristo te sana.
Levántate y arregla tu cama». Y al instante se
levantó.
35 Todos los que vivían en Lida y Sarón lo
vieron y se volvieron al Señor.

Dorcas es resucitada

36 En Jope había una discípula llamada Tabita,
que traducido es Dorcas. Abundaba en buenas
obras y en las limosnas que daba.
37 En aquellos días enfermó y murió. Después
de lavar su cuerpo, lo colocaron en una
habitación de la planta alta.
38 Como Lida estaba cerca de Jope, los
discípulos, al oír que Pedro estaba allí, le
enviaron dos hombres para rogarle: «No tardes
en venir a nosotros».
39 Pedro se levantó y fue con ellos. Al llegar, lo
llevaron a la habitación de la planta alta. Todas

las viudas se acercaron a él llorando y
mostrándole las túnicas y los mantos que Dorcas
hacía cuando estaba con ellas.
40 Pedro hizo salir a todos, se arrodilló y oró.
Luego se volvió hacia el cuerpo y dijo: «Tabita,
levántate». Ella abrió los ojos y, al ver a Pedro, se
incorporó.
41 Él le dio la mano y la levantó. Después llamó
a los santos y a las viudas, y la presentó viva.
42 Esto se supo en toda Jope, y muchos
creyeron en el Señor.
43 Pedro se quedó bastantes días en Jope, en
casa de un hombre llamado Simón, curtidor.

10

Pedro y Cornelio

1 En Cesarea había un hombre llamado
Cornelio, centurión de la compañía llamada
Italiana.
2 Era piadoso y temía a Dios con toda su casa;
daba muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios
continuamente.
3 Una tarde, como a las tres, vio claramente en
una visión a un ángel de Dios que entraba donde
él estaba y le decía: «Cornelio».
4 Él lo miró fijamente y, lleno de temor,
preguntó: «¿Qué sucede, señor?». El ángel le
dijo: «Tus oraciones y tus limosnas han subido
ante Dios para ser recordadas.
5 Ahora envía hombres a Jope y manda llamar
a un hombre llamado Simón, que tiene por
sobrenombre Pedro.

6 Se hospeda en casa de otro Simón, curtidor,
cuya casa está junto al mar».
7 Cuando se fue el ángel que le hablaba, llamó
a dos de sus criados y a un soldado piadoso de
los que lo atendían.
8 Les contó todo y los envió a Jope.

La visión de Pedro en Jope

9 Al día siguiente, mientras ellos viajaban y se
acercaban a la ciudad, Pedro subió a la azotea
para orar, cerca del mediodía.
10 Sintió hambre y quiso comer; pero, mientras
preparaban la comida, le sobrevino un éxtasis.
11 Vio el cielo abierto y algo semejante a un
gran lienzo que descendía a la tierra, sostenido
por sus cuatro puntas.
12 En él había toda clase de cuadrúpedos,
reptiles de la tierra y aves del cielo.
13 Y una voz le dijo: «Levántate, Pedro; mata y
come».
14 Pero Pedro respondió: «De ningún modo,
Señor; porque jamás he comido nada profano e
impuro».
15 La voz le habló de nuevo por segunda vez:
«Lo que Dios ha limpiado, no lo consideres tú
profano».
16 Esto sucedió tres veces, y enseguida el
lienzo fue llevado al cielo.
17 Mientras Pedro se preguntaba, perplejo, qué
significaría la visión que había visto, los
hombres enviados por Cornelio, después de
preguntar por la casa de Simón, llegaron a la
puerta.

18 Llamaron y preguntaron si allí se
hospedaba Simón, llamado Pedro.
19 Mientras Pedro reflexionaba sobre la visión,
el Espíritu le dijo: «Mira, unos hombres te buscan.
20 Levántate, baja y ve con ellos sin dudar,
porque yo los he enviado».
21 Pedro bajó adonde estaban los hombres y
dijo: «Aquí estoy; yo soy el que buscan. ¿Por qué
han venido?».
22 Ellos respondieron: «El centurión Cornelio,
hombre justo y temeroso de Dios, de quien da
buen testimonio toda la nación judía, recibió
instrucciones de un ángel santo para mandarte
llamar a su casa y escuchar tus palabras».
23 Entonces los invitó a entrar y los hospedó.
Al día siguiente se levantó y salió con ellos;
algunos de los hermanos de Jope lo
acompañaron.

Pedro llega a la casa de Cornelio

24 Al otro día entró en Cesarea. Cornelio los
esperaba y había reunido a sus parientes y
amigos íntimos.
25 Cuando Pedro iba a entrar, Cornelio salió a
recibirlo, cayó a sus pies y se postró ante él.
26 Pero Pedro lo levantó y le dijo: «Levántate;
yo también soy un hombre».
27 Mientras conversaba con él, entró y
encontró a muchos reunidos.
28 Les dijo: «Ustedes saben que a un judío no le
está permitido relacionarse con un extranjero o
visitarlo; pero Dios me ha mostrado que no debo
llamar profano o impuro a ningún ser humano.

29 Por eso, cuando me mandaron llamar, vine
sin poner objeciones. Les pregunto, pues: ¿por
qué me mandaron llamar?».
30 Cornelio respondió: «Hace cuatro días, a
esta misma hora, las tres de la tarde, estaba
orando en mi casa, y de pronto un hombre con
ropa resplandeciente se presentó ante mí
31 y dijo: "Cornelio, tu oración ha sido
escuchada y tus limosnas han sido recordadas
ante Dios.
32 Envía, pues, a Jope y manda llamar a Simón,
llamado Pedro. Se hospeda en casa de Simón,
curtidor, junto al mar".
33 Así que de inmediato envié por ti, y has
hecho bien en venir. Ahora todos estamos aquí
ante Dios para escuchar todo lo que el Señor te
ha ordenado».

Pedro anuncia a Jesucristo a los gentiles

34 Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: «En
verdad comprendo que Dios no hace acepción
de personas,
35 sino que, en toda nación, le es grato quien lo
teme y practica la justicia.
36 Él envió su palabra a los hijos de Israel,
anunciando la buena noticia de la paz por
medio de Jesucristo, que es Señor de todos.
37 Ustedes saben lo que sucedió por toda
Judea, comenzando en Galilea después del
bautismo que proclamó Juan:
38 cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret con el
Espíritu Santo y con poder. Él pasó haciendo el

bien y sanando a todos los oprimidos por el
diablo, porque Dios estaba con él.
39 Nosotros somos testigos de todo lo que hizo
en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A él lo
mataron colgándolo de un madero,
40 pero Dios lo resucitó al tercer día e hizo que
se manifestara,
41 no a todo el pueblo, sino a los testigos
escogidos de antemano por Dios: a nosotros, que
comimos y bebimos con él después de que
resucitó de entre los muertos.
42 Nos ordenó proclamar al pueblo y dar
solemne testimonio de que él es el designado por
Dios como Juez de vivos y muertos.
43 De él dan testimonio todos los profetas: todo
el que cree en él recibe, por medio de su
nombre, perdón de pecados».

El don del Espíritu Santo para los gentiles

44 Mientras Pedro todavía decía estas palabras,
el Espíritu Santo descendió sobre todos los que
escuchaban el mensaje.
45 Los creyentes de la circuncisión que habían
venido con Pedro quedaron asombrados de que
también sobre los gentiles se hubiera derramado
el don del Espíritu Santo,
46 pues los oían hablar en lenguas y
engrandecer a Dios. Entonces Pedro dijo:
47 «¿Puede alguien negar el agua para que
sean bautizados estos que han recibido el
Espíritu Santo igual que nosotros?».

48 Y ordenó que fueran bautizados en el
nombre de Jesucristo. Entonces le rogaron que
se quedara algunos días.

11

Informe de Pedro a la iglesia de Jerusalén

1 Los apóstoles y los hermanos que estaban en
Judea oyeron que también los gentiles habían
recibido la palabra de Dios.
2 Cuando Pedro subió a Jerusalén, los de la
circuncisión discutían con él
3 y decían: «Entraste en casa de hombres
incircuncisos y comiste con ellos».
4 Pedro comenzó a explicarles lo sucedido por
orden:
5 «Yo estaba orando en la ciudad de Jope y, en
un éxtasis, vi una visión: algo semejante a un
gran lienzo descendía del cielo, sostenido por
sus cuatro puntas, y llegó hasta mí.
6 Lo miré fijamente y, al observarlo, vi
cuadrúpedos de la tierra, fieras, reptiles y aves
del cielo.
7 También oí una voz que me decía:
“Levántate, Pedro; mata y come”.
8 Pero respondí: “De ningún modo, Señor;
porque nunca ha entrado en mi boca nada
profano o impuro”.
9 La voz respondió desde el cielo por segunda
vez: “Lo que Dios ha limpiado, no lo consideres
tú profano”.
10 Esto sucedió tres veces, y todo fue llevado
de nuevo al cielo.

11 En ese mismo instante llegaron a la casa
donde estábamos tres hombres enviados a mí
desde Cesarea.
12 El Espíritu me dijo que fuera con ellos sin
hacer distinciones. Estos seis hermanos también
me acompañaron, y entramos en la casa de
aquel hombre.
13 Él nos contó cómo había visto al ángel de pie
en su casa, que le dijo: "Envía a Jope y manda
llamar a Simón, llamado Pedro.
14 Él te hablará palabras por las cuales serán
salvos tú y toda tu casa".
15 Cuando comencé a hablar, el Espíritu Santo
descendió sobre ellos, igual que sobre nosotros
al principio.
16 Entonces recordé la palabra del Señor, que
decía: "Juan bautizó con agua, pero ustedes
serán bautizados con el Espíritu Santo".
17 Así que, si Dios les dio el mismo don que a
nosotros cuando creímos en el Señor Jesucristo,
¿quién era yo para poder estorbar a Dios?».
18 Al oír esto, se calmaron y glorificaron a Dios,
diciendo: «¡Así que también a los gentiles Dios
ha concedido el arrepentimiento que lleva a la
vida!».

La iglesia en Antioquía

19 Los que habían sido dispersados por la
persecución surgida con motivo de Esteban
llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, sin
anunciar la palabra a nadie más que a los judíos.
20 Pero algunos de ellos, hombres de Chipre y
de Cirene, al llegar a Antioquía, hablaban

también a los de habla griega y les anunciaban
la buena noticia del Señor Jesús.
21 La mano del Señor estaba con ellos, y un
gran número creyó y se volvió al Señor.
22 La noticia acerca de ellos llegó a oídos de la
iglesia que estaba en Jerusalén, y enviaron a
Bernabé hasta Antioquía.
23 Cuando llegó y vio la gracia de Dios, se
alegró y animaba a todos a permanecer unidos
al Señor con firme propósito de corazón,
24 porque era un hombre bueno, lleno del
Espíritu Santo y de fe. Y una gran multitud fue
añadida al Señor.
25 Después salió hacia Tarso para buscar a
Saulo,
26 y, cuando lo encontró, lo llevó a Antioquía.
Durante todo un año se reunieron con la iglesia
y enseñaron a mucha gente. Fue en Antioquía
donde por primera vez se llamó cristianos a los
discípulos.

Ayuda para los creyentes de Judea

27 En aquellos días bajaron unos profetas de
Jerusalén a Antioquía.
28 Uno de ellos, llamado Ágabo, se levantó y
anunció por medio del Espíritu que vendría una
gran hambruna sobre toda la tierra habitada.
Esta ocurrió en tiempos de Claudio.
29 Los discípulos decidieron enviar ayuda a los
hermanos que vivían en Judea, cada uno según
sus recursos.
30 Así lo hicieron, enviándola a los ancianos
por medio de Bernabé y Saulo.

12

Jacobo, muerto; Pedro, encarcelado

1 Por aquel tiempo, el rey Herodes hizo
arrestar a algunos de la iglesia para
maltratarlos.
2 Mandó matar a espada a Jacobo, hermano de
Juan.
3 Al ver que esto agradaba a los judíos,
procedió a arrestar también a Pedro. Eran los
días de los Panes sin Levadura.
4 Después de apresarlo, lo puso en la cárcel y
lo entregó a cuatro grupos de cuatro soldados
para que lo custodiaran. Tenía intención de
presentarlo ante el pueblo después de la Pascua.
5 Así, Pedro estaba bajo custodia en la cárcel,
pero la iglesia oraba fervientemente a Dios por
él.

Pedro es librado de la cárcel

6 La noche anterior a que Herodes lo sacara,
Pedro dormía entre dos soldados, sujeto con dos
cadenas, mientras unos guardias vigilaban la
cárcel delante de la puerta.
7 De pronto se presentó un ángel del Señor y
una luz iluminó la celda. Golpeó a Pedro en el
costado, lo despertó y dijo: «Levántate de prisa».
Y las cadenas cayeron de sus manos.
8 El ángel le dijo: «Ajústate el cinturón y ponte
las sandalias». Así lo hizo. Luego le dijo:
«Envuélvete en tu manto y sígueme».
9 Pedro salió y lo seguía, sin saber que lo que
sucedía por medio del ángel era real; pensaba
que estaba viendo una visión.

10 Pasaron el primer puesto de guardia y el
segundo, y llegaron a la puerta de hierro que
daba a la ciudad. Esta se abrió sola ante ellos.
Salieron y avanzaron por una calle, y enseguida
el ángel se apartó de él.
11 Entonces Pedro volvió en sí y dijo: «Ahora sé
de verdad que el Señor ha enviado a su ángel y
me ha librado de la mano de Herodes y de todo
lo que esperaba el pueblo judío».

12 Al darse cuenta de esto, fue a casa de María,
madre de Juan, llamado Marcos, donde muchos
estaban reunidos y orando.
13 Cuando llamó a la puerta de entrada, una
criada llamada Rode se acercó para atender.
14 Al reconocer la voz de Pedro, fue tanta su
alegría que no abrió la puerta, sino que corrió
adentro y anunció que Pedro estaba a la entrada.
15 Ellos le dijeron: «Estás loca». Pero ella
insistía en que era así. Entonces decían: «Es su
ángel».
16 Pedro seguía llamando. Cuando abrieron y
lo vieron, quedaron asombrados.
17 Él les hizo señas con la mano para que
guardaran silencio y les contó cómo el Señor lo
había sacado de la cárcel. Luego dijo: «Cuenten
esto a Jacobo y a los hermanos». Después salió y
se fue a otro lugar.

18 Al amanecer hubo un gran alboroto entre
los soldados, que se preguntaban qué había
sucedido con Pedro.
19 Herodes lo buscó y, al no encontrarlo,
interrogó a los guardias y ordenó que fueran

llevados a la muerte. Después bajó de Judea a
Cesarea y se quedó allí.

Muerte de Herodes

20 Herodes estaba muy enojado con los
habitantes de Tiro y Sidón. Ellos acudieron
juntos a él y, tras ganarse el apoyo de Blasto,
encargado de la cámara del rey, pidieron la paz,
porque su región se abastecía de alimentos del
territorio del rey.
21 El día señalado, Herodes se vistió con ropas
reales, se sentó en el tribunal y les dirigió un
discurso.
22 El pueblo aclamaba: «¡Es voz de un dios y
no de un hombre!».
23 Al instante, un ángel del Señor lo hirió,
porque no dio la gloria a Dios; y murió devorado
por gusanos.

La continuidad de la misión

24 Pero la palabra de Dios crecía y se
multiplicaba.
25 Bernabé y Saulo regresaron a Jerusalén
después de cumplir su servicio, llevando consigo
a Juan, llamado Marcos.

13

Bernabé y Saulo comienzan su primer viaje misionero

1 En la iglesia de Antioquía había profetas y
maestros: Bernabé; Simeón, llamado Níger;
Lucio de Cirene; Manaén, criado junto con
Herodes el tetrarca; y Saulo.

2 Mientras servían al Señor y ayunaban, el
Espíritu Santo dijo: «Apártenme a Bernabé y a
Saulo para la obra a la que los he llamado».
3 Entonces, después de ayunar y orar, les
impusieron las manos y los despidieron.

Los apóstoles predican en Chipre

4 Ellos, enviados por el Espíritu Santo, bajaron
a Seleucia y desde allí navegaron a Chipre.
5 Al llegar a Salamina, anunciaban la palabra
de Dios en las sinagogas de los judíos. También
tenían a Juan como ayudante.
6 Recorrieron toda la isla hasta Pafos, donde
encontraron a un mago judío, falso profeta,
llamado Barjesús.
7 Estaba con el procónsul Sergio Paulo, hombre
inteligente, que mandó llamar a Bernabé y a
Saulo porque deseaba escuchar la palabra de
Dios.
8 Pero Elimas el mago —pues así se traduce su
nombre— se les oponía, intentando apartar al
procónsul de la fe.
9 Entonces Saulo, llamado también Pablo, lleno
del Espíritu Santo, lo miró fijamente
10 y dijo: «¡Tú, lleno de todo engaño y de toda
malicia, hijo del diablo, enemigo de toda
justicia! ¿No dejarás de torcer los caminos rectos
del Señor?
11 Ahora la mano del Señor está sobre ti:
quedarás ciego y no verás el sol por un tiempo».
Al instante cayeron sobre él neblina y oscuridad,
y andaba de un lado a otro buscando a alguien
que lo llevara de la mano.

12 Al ver lo sucedido, el procónsul creyó,
asombrado por la enseñanza del Señor.

Pablo y Bernabé en Antioquía de Pisidia

13 Pablo y sus compañeros zarparon de Pafos y
llegaron a Perge de Panfilia. Pero Juan se separó
de ellos y regresó a Jerusalén.
14 Ellos siguieron desde Perge y llegaron a
Antioquía de Pisidia. El sábado entraron en la
sinagoga y se sentaron.
15 Después de la lectura de la Ley y los
Profetas, los dirigentes de la sinagoga les
mandaron decir: «Hermanos, si tienen alguna
palabra de exhortación para el pueblo, hablen».

Pablo anuncia el cumplimiento de las promesas en Jesús

16 Pablo se puso de pie, hizo una señal con la
mano y dijo: «Israelitas y ustedes que temen a
Dios, escuchen.
17 El Dios de este pueblo de Israel escogió a
nuestros padres y enalteció al pueblo durante su
estancia como extranjeros en la tierra de Egipto.
Con brazo levantado los sacó de ella
18 y durante unos cuarenta años soportó su
conducta en el desierto.
19 Después de destruir siete naciones en la
tierra de Canaán, les dio su tierra en herencia,
20 todo ello en unos cuatrocientos cincuenta
años. Después les dio jueces hasta el profeta
Samuel.
21 Luego pidieron un rey, y Dios les dio a Saúl,
hijo de Cis, hombre de la tribu de Benjamín,
durante cuarenta años.

22 Después de quitarlo, les levantó por rey a
David, de quien dio testimonio diciendo: “He
encontrado a David, hijo de Isaí, un hombre
conforme a mi corazón, que hará toda mi
voluntad”.
23 De la descendencia de este, conforme a la
promesa, Dios trajo a Israel un Salvador, Jesús.
24 Antes de su llegada, Juan proclamó un
bautismo de arrepentimiento a todo el pueblo
de Israel.
25 Cuando Juan terminaba su carrera, decía:
“¿Quién piensan que soy? No soy yo. Pero detrás
de mí viene uno a quien no soy digno de desatar
el calzado de los pies”.

26 Hermanos, hijos del linaje de Abraham, y
ustedes que temen a Dios: a nosotros se nos ha
enviado el mensaje de esta salvación.
27 Porque los habitantes de Jerusalén y sus
gobernantes no lo reconocieron a él ni las
palabras de los profetas que se leen cada sábado;
al condenarlo, las cumplieron.
28 Aunque no encontraron ningún motivo para
darle muerte, pidieron a Pilato que lo matara.
29 Cuando cumplieron todo lo que estaba
escrito acerca de él, lo bajaron del madero y lo
pusieron en un sepulcro.
30 Pero Dios lo resucitó de entre los muertos.
31 Durante muchos días se apareció a los que
habían subido con él de Galilea a Jerusalén,
quienes ahora son sus testigos ante el pueblo.
32 Y nosotros les anunciamos la buena noticia
de la promesa hecha a los padres:
33 Dios la ha cumplido a nuestros hijos al

resucitar a Jesús, como también está escrito en
el salmo segundo: “Tú eres mi Hijo; yo te he
engendrado hoy”.
34 En cuanto a que lo resucitó de entre los
muertos para nunca más volver a la
descomposición, lo dijo así: “Les daré las santas
y fieles promesas hechas a David”.
35 Por eso dice también en otro lugar: “No
permitirás que tu Santo vea descomposición”.
36 Porque David, después de servir a su propia
generación conforme al propósito de Dios, se
durmió, fue reunido con sus padres y vio
descomposición.
37 Pero aquel a quien Dios resucitó no vio
descomposición.
38 Sepan, pues, hermanos, que por medio de él
se les anuncia el perdón de pecados; y de todo
aquello de lo que no pudieron ser justificados
por la ley de Moisés,
39 en él es justificado todo el que cree.
40 Tengan cuidado, pues, de que no les
sobrevenga lo dicho en los profetas:

41 “Miren, despreciadores, asómbrense y
desaparezcan;
porque yo realizo una obra en sus días, una
obra que no creerían aunque alguien se la
contara”».

42 Cuando ellos salían, les rogaban que el
sábado siguiente les hablaran de estas cosas.
43 Una vez disuelta la reunión, muchos de los
judíos y de los devotos convertidos al judaísmo
siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes

conversaban con ellos y los animaban a
permanecer en la gracia de Dios.

La respuesta de los gentiles y la oposición al evangelio

44 El sábado siguiente se reunió casi toda la
ciudad para escuchar la palabra del Señor.
45 Pero los judíos, al ver las multitudes, se
llenaron de celos y contradecían lo que Pablo
decía, profiriendo blasfemias.
46 Pablo y Bernabé hablaron con valentía:
«Era necesario anunciarles primero a ustedes la
palabra de Dios; pero, ya que la rechazan y no se
consideran dignos de la vida eterna, nos
volvemos a los gentiles.
47 Porque así nos lo ha ordenado el Señor: "Te
he puesto como luz de los gentiles, para que
lleves salvación hasta los confines de la tierra"».
48 Al oír esto, los gentiles se alegraban y
glorificaban la palabra del Señor; y creyeron
todos los que estaban destinados a la vida
eterna.
49 La palabra del Señor se difundía por toda la
región.
50 Pero los judíos incitaron a las mujeres
devotas y distinguidas y a los principales de la
ciudad. Desataron una persecución contra Pablo
y Bernabé y los expulsaron de su territorio.
51 Pablo y Bernabé se sacudieron contra ellos
el polvo de los pies y fueron a Iconio.
52 Y los discípulos se llenaban de alegría y del
Espíritu Santo.

14

Pablo y Bernabé en Iconio

1 En Iconio entraron juntos en la sinagoga de
los judíos y hablaron de tal manera que creyó
una gran multitud de judíos y de griegos.
2 Pero los judíos que se negaron a creer
agitaron a los gentiles y los indispusieron contra
los hermanos.
3 Permanecieron allí bastante tiempo,
hablando con valentía, confiados en el Señor. Él
daba testimonio de la palabra de su gracia,
concediendo que se realizaran señales y
prodigios por medio de sus manos.
4 La población de la ciudad estaba dividida:
unos estaban con los judíos y otros con los
apóstoles.
5 Cuando los gentiles y los judíos, junto con
sus gobernantes, se dispusieron a maltratarlos y
apedrearlos,
6 ellos se enteraron y huyeron a Listra y Derbe,
ciudades de Licaonia, y a la región de alrededor.
7 Allí continuaban anunciando la buena
noticia.

La sanidad y el intento de adorar a los mensajeros

8 En Listra había un hombre sentado que no
tenía fuerza en los pies. Era cojo de nacimiento
y nunca había caminado.
9 Este escuchó hablar a Pablo, quien lo miró
fijamente y, al ver que tenía fe para ser sanado,

10 dijo con fuerte voz: «¡Levántate derecho
sobre tus pies!». Él dio un salto y comenzó a
caminar.
11 Al ver lo que Pablo había hecho, las
multitudes alzaron la voz en lengua licaónica y
dijeron: «¡Los dioses han tomado forma humana
y han bajado a nosotros!».
12 Llamaban a Bernabé Zeus, y a Pablo
Hermes, porque era el principal orador.
13 El sacerdote de Zeus, cuyo templo estaba a
la entrada de la ciudad, llevó toros y guirnaldas
a las puertas y, junto con las multitudes, quería
ofrecer sacrificios.
14 Cuando los apóstoles Bernabé y Pablo lo
oyeron, rasgaron sus mantos y se lanzaron entre
la multitud, gritando
15 y diciendo: «Hombres, ¿por qué hacen esto?
Nosotros también somos seres humanos de la
misma condición que ustedes. Les anunciamos
la buena noticia para que se aparten de estas
cosas vanas y se vuelvan al Dios vivo, que hizo el
cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos.
16 En las generaciones pasadas permitió que
todas las naciones siguieran sus propios
caminos;
17 sin embargo, no se dejó sin testimonio: hizo
el bien, les dio lluvias del cielo y temporadas
fructíferas, y llenó sus corazones de alimento y
alegría».
18 Aun diciendo estas cosas, apenas lograron
impedir que las multitudes les ofrecieran
sacrificios.

El apedreamiento de Pablo

19 Pero llegaron judíos de Antioquía y de
Iconio que persuadieron a las multitudes.
Apedrearon a Pablo y lo arrastraron fuera de la
ciudad, pensando que estaba muerto.
20 Cuando los discípulos lo rodearon, se
levantó y entró en la ciudad. Al día siguiente
salió con Bernabé hacia Derbe.

El cuidado de las nuevas iglesias

21 Después de anunciar la buena noticia en
aquella ciudad y hacer muchos discípulos,
regresaron a Listra, a Iconio y a Antioquía.
22 Fortalecían el ánimo de los discípulos, los
exhortaban a permanecer en la fe y les decían:
«Es necesario que a través de muchas
tribulaciones entremos en el reino de Dios».
23 Nombraron ancianos para ellos en cada
iglesia y, después de orar con ayunos, los
encomendaron al Señor en quien habían creído.

El regreso a Antioquía de Siria

24 Luego atravesaron Pisidia y llegaron a
Panfilia.
25 Tras anunciar la palabra en Perge, bajaron
a Atalia,
26 y desde allí navegaron a Antioquía, donde
habían sido encomendados a la gracia de Dios
para la obra que acababan de cumplir.
27 Al llegar, reunieron a la iglesia y contaron
todo lo que Dios había hecho con ellos y cómo
había abierto a los gentiles la puerta de la fe.
28 Y permanecieron bastante tiempo con los
discípulos.

15

El concilio en Jerusalén

1 Algunos hombres que bajaron de Judea
enseñaban a los hermanos: «Si no se
circuncidan conforme a la costumbre de Moisés,
no pueden ser salvos».
2 Como Pablo y Bernabé tuvieron una fuerte
disputa y discusión con ellos, se decidió que
Pablo, Bernabé y algunos otros de entre ellos
subieran a Jerusalén para tratar esta cuestión
con los apóstoles y los ancianos.
3 Enviados, pues, por la iglesia, atravesaban
Fenicia y Samaria, contando detalladamente la
conversión de los gentiles y llenando de gran
alegría a todos los hermanos.
4 Al llegar a Jerusalén, fueron recibidos por la
iglesia, los apóstoles y los ancianos, y contaron
todo lo que Dios había hecho con ellos.
5 Pero algunos del grupo de los fariseos que
habían creído se levantaron y dijeron: «Es
necesario circuncidarlos y ordenarles que
guarden la ley de Moisés».
6 Los apóstoles y los ancianos se reunieron
para examinar este asunto.

El testimonio de Pedro sobre la gracia

7 Después de mucha discusión, Pedro se
levantó y les dijo: «Hermanos, ustedes saben que
desde hace tiempo Dios me escogió de entre
ustedes para que los gentiles oyeran de mi boca
la palabra de la buena noticia y creyeran.

8 Dios, que conoce los corazones, dio
testimonio a favor de ellos, dándoles el Espíritu
Santo igual que a nosotros.
9 No hizo ninguna distinción entre nosotros y
ellos, pues purificó sus corazones por la fe.
10 Ahora, pues, ¿por qué ponen a prueba a Dios
colocando sobre el cuello de los discípulos un
yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos
podido llevar?
11 Más bien, creemos que somos salvos por la
gracia del Señor Jesús, del mismo modo que
ellos».
12 Toda la multitud guardó silencio y
escuchaba a Bernabé y a Pablo, que contaban
cuántas señales y prodigios había hecho Dios por
medio de ellos entre los gentiles.

Jacobo relaciona el testimonio con las Escrituras

13 Cuando terminaron de hablar, Jacobo tomó
la palabra y dijo: «Hermanos, escúchenme.
14 Simeón ha contado cómo Dios intervino por
primera vez para tomar de entre los gentiles un
pueblo para su nombre.
15 Con esto concuerdan las palabras de los
profetas, como está escrito:
16 “Después de esto volveré y reconstruiré la
tienda caída de David;
reconstruiré sus ruinas y volveré a
levantarla,
17 para que el resto de los seres humanos busque
al Señor, y todas las naciones sobre las
cuales es invocado mi nombre, dice el
Señor, que hace estas cosas

18 conocidas desde la antigüedad".
19 Por eso considero que no debemos poner
dificultades a los gentiles que se vuelven a Dios,
20 sino escribirles que se abstengan de lo
contaminado por los ídolos, de la inmoralidad
sexual, de la carne de animales estrangulados y
de la sangre.
21 Porque desde generaciones antiguas Moisés
tiene en cada ciudad quienes lo proclaman, ya
que es leído en las sinagogas cada sábado».

La carta a los creyentes de origen gentil

22 Entonces los apóstoles y los ancianos, junto
con toda la iglesia, decidieron escoger hombres
de entre ellos y enviarlos a Antioquía con Pablo
y Bernabé: Judas, llamado Barsabás, y Silas,
hombres que eran dirigentes entre los
hermanos.
23 Por medio de ellos enviaron esta carta: «Los
apóstoles y los ancianos, sus hermanos, a los
hermanos de origen gentil que están en
Antioquía, Siria y Cilicia: saludos.
24 Hemos oído que algunos salidos de entre
nosotros, sin recibir instrucciones nuestras, los
han inquietado con sus palabras y han
perturbado sus almas.
25 Por eso, de común acuerdo, hemos decidido
escoger hombres y enviarlos a ustedes con
nuestros amados Bernabé y Pablo,
26 hombres que han entregado sus vidas por el
nombre de nuestro Señor Jesucristo.
27 Así que hemos enviado a Judas y a Silas,
quienes les comunicarán de palabra lo mismo.

28 Porque al Espíritu Santo y a nosotros nos ha
parecido bien no imponerles ninguna carga más
que estas cosas necesarias:
29 que se abstengan de lo sacrificado a los
ídolos, de la sangre, de la carne de animales
estrangulados y de la inmoralidad sexual. Si se
guardan de estas cosas, harán bien. Que les vaya
bien».
30 Después de ser despedidos, bajaron a
Antioquía, reunieron a la congregación y
entregaron la carta.
31 Al leerla, se alegraron por el ánimo que les
daba.
32 Judas y Silas, que también eran profetas,
animaron y fortalecieron a los hermanos con
muchas palabras.
33 Después de pasar allí algún tiempo, los
hermanos los despidieron en paz para que
regresaran a quienes los habían enviado.
34 [Pero a Silas le pareció bien quedarse allí.]
35 Pablo y Bernabé permanecieron en
Antioquía, enseñando y anunciando, junto con
muchos otros, la buena noticia de la palabra del
Señor.

El desacuerdo por Marcos y el nuevo viaje

36 Después de algunos días, Pablo dijo a
Bernabé: «Volvamos a visitar a los hermanos en
todas las ciudades donde anunciamos la palabra
del Señor, para ver cómo están».
37 Bernabé quería llevar también a Juan,
llamado Marcos.

38 Pero Pablo consideraba que no debían llevar
consigo al que se había separado de ellos en
Panfilia y no los había acompañado en la obra.
39 Surgió un desacuerdo tan intenso que se
separaron el uno del otro. Bernabé tomó a
Marcos y navegó hacia Chipre.
40 Pablo escogió a Silas y salió, encomendado
por los hermanos a la gracia del Señor.
41 Recorría Siria y Cilicia, fortaleciendo a las
iglesias.

16

Timoteo acompaña a Pablo y a Silas

1 Llegó también a Derbe y a Listra. Allí había
un discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer
judía creyente y de padre griego.
2 Los hermanos de Listra y de Iconio daban
buen testimonio de él.
3 Pablo quiso que lo acompañara y lo
circuncidó por causa de los judíos de aquellos
lugares, porque todos sabían que su padre era
griego.
4 Al pasar por las ciudades, les entregaban
para que las cumplieran las decisiones
acordadas por los apóstoles y los ancianos de
Jerusalén.
5 Así, las iglesias se fortalecían en la fe y
aumentaban en número cada día.

La dirección del Espíritu hacia Macedonia

6 Atravesaron la región de Frigia y Galacia,
porque el Espíritu Santo les había impedido
anunciar la palabra en Asia.

7 Al llegar a los límites de Misia, intentaban
dirigirse a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se
lo permitió.
8 Pasaron junto a Misia y bajaron a Troas.
9 Durante la noche, Pablo tuvo una visión: un
hombre de Macedonia estaba de pie y le rogaba:
«Pasa a Macedonia y ayúdanos».
10 Después de que vio la visión, enseguida
procuramos salir hacia Macedonia, pues
concluimos que Dios nos había llamado a
anunciarles la buena noticia.

La llegada a Filipos y la fe de Lidia

11 Zarpamos de Troas y navegamos
directamente a Samotracia; al día siguiente
llegamos a Neápolis,
12 y de allí a Filipos, ciudad principal de esa
región de Macedonia y colonia romana.
Permanecimos algunos días en aquella ciudad.
13 El sábado salimos fuera de la puerta, junto
al río, donde pensábamos que habría un lugar
de oración. Nos sentamos y hablamos a las
mujeres que se habían reunido.
14 Escuchaba una mujer llamada Lidia,
vendedora de telas de púrpura, de la ciudad de
Tiatira, que adoraba a Dios. El Señor le abrió el
corazón para que atendiera a lo que Pablo decía.
15 Después de ser bautizada junto con los de
su casa, nos rogó: «Si consideran que soy fiel al
Señor, vengan y quédense en mi casa». Y nos
insistió hasta convencernos.

Una esclava es liberada del espíritu de adivinación

16 Mientras íbamos al lugar de oración, nos
salió al encuentro una esclava que tenía un
espíritu de adivinación y daba muchas ganancias
a sus amos mediante sus adivinaciones.
17 Ella seguía a Pablo y a nosotros, gritando:
«Estos hombres son siervos del Dios Altísimo,
que les anuncian el camino de salvación».
18 Hacía esto durante muchos días. Pablo, muy
molesto, se volvió y dijo al espíritu: «Te ordeno
en el nombre de Jesucristo que salgas de ella». Y
salió en aquel mismo instante.

Pablo y Silas son encarcelados

19 Cuando sus amos vieron que se había ido la
esperanza de sus ganancias, apresaron a Pablo y
a Silas y los arrastraron a la plaza ante las
autoridades.
20 Los presentaron ante los magistrados y
dijeron: «Estos hombres son judíos y están
alborotando nuestra ciudad;
21 anuncian costumbres que a nosotros, siendo
romanos, no nos está permitido aceptar ni
practicar».
22 La multitud se levantó contra ellos, y los
magistrados les arrancaron las ropas y
ordenaron golpearlos con varas.
23 Después de darles muchos golpes, los
echaron en la cárcel y ordenaron al carcelero
que los custodiara con seguridad.
24 Al recibir tal orden, él los metió en el
calabozo más interior y les aseguró los pies en el
cepo.

Oración y salvación en la cárcel

25 Hacia la medianoche, Pablo y Silas oraban y
cantaban himnos a Dios, y los presos los
escuchaban.
26 De repente hubo un gran terremoto que
sacudió los cimientos de la prisión. Al instante
se abrieron todas las puertas y se soltaron las
cadenas de todos.
27 El carcelero despertó y, al ver abiertas las
puertas de la cárcel, sacó la espada e iba a
matarse, pensando que los presos habían
escapado.
28 Pero Pablo gritó con fuerte voz: «¡No te
hagas ningún daño, porque todos estamos
aquí!».
29 Él pidió luces, entró corriendo y, temblando,
se postró ante Pablo y Silas.
30 Después los sacó y preguntó: «Señores, ¿qué
debo hacer para ser salvo?».
31 Ellos respondieron: «Cree en el Señor Jesús
y serás salvo, tú y tu casa».
32 Y le hablaron la palabra del Señor a él y a
todos los que estaban en su casa.
33 A aquella misma hora de la noche los tomó
consigo y les lavó las heridas. Enseguida fue
bautizado él con todos los suyos.
34 Los llevó a su casa y les puso la mesa; y se
alegró con toda su casa de haber creído en Dios.

La liberación de Pablo y Silas

35 Al amanecer, los magistrados enviaron a los
alguaciles con esta orden: «Deja libres a esos
hombres».

36 El carcelero comunicó estas palabras a
Pablo: «Los magistrados han mandado decir que
queden en libertad. Así que salgan y vayan en
paz».
37 Pero Pablo les dijo: «Después de golpearnos
públicamente sin condena, siendo ciudadanos
romanos, nos echaron en la cárcel, ¿y ahora nos
sacan a escondidas? ¡De ninguna manera! Que
vengan ellos mismos a sacarnos».
38 Los alguaciles comunicaron estas palabras a
los magistrados. Ellos tuvieron miedo al oír que
eran ciudadanos romanos,
39 y fueron a rogarles; los sacaron y les
pidieron que se fueran de la ciudad.
40 Después de salir de la cárcel, fueron a casa
de Lidia. Vieron a los hermanos, los animaron y
se marcharon.

17

El anuncio de Jesucristo en Tesalónica

1 Después de pasar por Anfípolis y Apolonia,
llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga
de los judíos.
2 Como era su costumbre, Pablo entró a
reunirse con ellos y durante tres sábados razonó
con ellos a partir de las Escrituras,
3 explicando y demostrando que el Cristo
debía padecer y resucitar de entre los muertos.
Decía: «Este Jesús, a quien yo les anuncio, es el
Cristo».
4 Algunos de ellos fueron persuadidos y se
unieron a Pablo y a Silas, junto con una gran

multitud de griegos devotos y no pocas mujeres destacadas.

La acusación contra los misioneros y sus anfitriones

5 Pero los judíos, movidos por celos, tomaron
consigo a algunos hombres malvados de la
plaza, formaron una turba y alborotaron la
ciudad. Asaltaron la casa de Jasón y buscaban a
aquellos hombres para sacarlos ante el pueblo.
6 Como no los encontraron, arrastraron a
Jasón y a algunos hermanos ante las autoridades
de la ciudad, gritando: «Estos que han
trastornado el mundo también han venido aquí,
7 y Jasón los ha recibido. Todos ellos actúan
contra los decretos del César, diciendo que hay
otro rey: Jesús».
8 Al oír estas cosas, la multitud y las
autoridades de la ciudad se alarmaron.
9 Después de recibir una fianza de Jasón y de
los demás, los dejaron en libertad.

Pablo y Silas en Berea

10 Los hermanos enviaron de inmediato a
Pablo y a Silas de noche a Berea. Cuando
llegaron, fueron a la sinagoga de los judíos.
11 Estos eran más nobles que los de Tesalónica,
pues recibieron la palabra con toda disposición
y examinaban cada día las Escrituras para ver si
estas cosas eran así.
12 Así que muchos de ellos creyeron, y también
no pocas mujeres griegas distinguidas y no
pocos hombres.

13 Pero cuando los judíos de Tesalónica
supieron que Pablo anunciaba también en Berea
la palabra de Dios, fueron allí y agitaban y
alborotaban a las multitudes.
14 Entonces los hermanos enviaron enseguida
a Pablo hacia el mar, mientras Silas y Timoteo
permanecieron allí.
15 Los que acompañaban a Pablo lo llevaron
hasta Atenas. Tras recibir el encargo para Silas y
Timoteo de que fueran a reunirse con él lo antes
posible, se marcharon.

El anuncio de Jesús en Atenas

16 Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su
espíritu se indignaba al ver la ciudad llena de
ídolos.
17 Por eso razonaba en la sinagoga con los
judíos y los devotos, y cada día en la plaza con
los que se encontraban allí.
18 También algunos filósofos epicúreos y
estoicos debatían con él. Unos decían: «¿Qué
querrá decir este charlatán?». Otros: «Parece ser
un predicador de divinidades extranjeras»,
porque anunciaba la buena noticia de Jesús y de
la resurrección.
19 Lo tomaron y lo llevaron al Areópago,
diciendo: «¿Podemos saber qué es esta nueva
enseñanza de la que hablas?
20 Pues traes a nuestros oídos cosas extrañas, y
queremos saber qué significan».
21 Todos los atenienses y los extranjeros que
estaban de visita no dedicaban su tiempo a otra
cosa que a decir o escuchar alguna novedad.

El Dios creador y el llamado al arrepentimiento

22 Entonces Pablo, de pie en medio del
Areópago, dijo: «Hombres de Atenas, veo que en
todo son muy religiosos.
23 Porque al pasar y observar sus objetos de
culto, encontré también un altar con esta
inscripción: "A un dios desconocido". Pues bien,
lo que ustedes adoran sin conocerlo es lo que yo
les anuncio.
24 El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay
en él, siendo Señor del cielo y de la tierra, no
habita en templos hechos por manos humanas,
25 ni es servido por manos humanas como si
necesitara algo, pues él mismo da a todos vida,
aliento y todas las cosas.
26 De uno solo hizo todas las naciones
humanas para que habitaran sobre toda la faz
de la tierra, y determinó los tiempos
establecidos y los límites de sus territorios,
27 para que buscaran a Dios, y quizá,
buscándolo a tientas, pudieran encontrarlo;
aunque no está lejos de cada uno de nosotros.
28 Porque en él vivimos, nos movemos y somos,
como también han dicho algunos de sus propios
poetas: "Porque también somos linaje suyo".
29 Por tanto, siendo linaje de Dios, no debemos
pensar que la divinidad sea semejante al oro, la
plata o la piedra, una imagen hecha por el arte y
la imaginación del ser humano.
30 Así pues, Dios pasó por alto los tiempos de la
ignorancia, pero ahora manda a todos los seres
humanos, en todas partes, que se arrepientan,

31 porque ha establecido un día en el que
juzgará al mundo con justicia por medio de un
hombre a quien designó, y ha dado a todos una
garantía de ello al resucitarlo de entre los
muertos».

Respuestas al anuncio de la resurrección

32 Cuando oyeron hablar de la resurrección de
los muertos, unos se burlaban, pero otros
dijeron: «Te volveremos a escuchar sobre esto».
33 Así salió Pablo de en medio de ellos.
34 Pero algunos se unieron a él y creyeron.
Entre ellos estaban Dionisio, miembro del
Areópago, una mujer llamada Dámaris y otros
con ellos.

18

Pablo en Corinto

1 Después de esto salió de Atenas y llegó a
Corinto.
2 Allí encontró a un judío llamado Aquila,
natural del Ponto, recién llegado de Italia con
Priscila, su esposa, porque Claudio había
ordenado que todos los judíos salieran de Roma.
Pablo fue a verlos
3 y, como tenía el mismo oficio, se quedó con
ellos y trabajaba, pues eran fabricantes de
tiendas.
4 Cada sábado dialogaba en la sinagoga y
procuraba persuadir a judíos y griegos.
5 Cuando Silas y Timoteo bajaron de
Macedonia, Pablo se dedicaba por entero a la
palabra, dando solemne testimonio a los judíos
de que Jesús es el Cristo.

6 Pero, como ellos se oponían y blasfemaban,
se sacudió los mantos y les dijo: «Su sangre
recaiga sobre sus propias cabezas; yo estoy
limpio. Desde ahora iré a los gentiles».
7 Se fue de allí y entró en casa de un hombre
llamado Ticio Justo, que adoraba a Dios y cuya
casa estaba junto a la sinagoga.
8 Crispo, dirigente de la sinagoga, creyó en el
Señor con toda su casa. También muchos de los
corintios, al oír, creían y eran bautizados.

El Señor anima a Pablo a seguir enseñando

9 Una noche, el Señor dijo a Pablo por medio
de una visión: «No temas; sigue hablando y no
calles,
10 porque yo estoy contigo y nadie te atacará
para hacerte daño, pues tengo mucho pueblo en
esta ciudad».
11 Así que se quedó un año y seis meses,
enseñando entre ellos la palabra de Dios.

Pablo ante el tribunal de Galión

12 Cuando Galión era procónsul de Acaya, los
judíos se levantaron juntos contra Pablo y lo
llevaron ante el tribunal,
13 diciendo: «Este persuade a la gente a adorar
a Dios de una manera contraria a la ley».
14 Cuando Pablo iba a tomar la palabra, Galión
dijo a los judíos: «Si se tratara de alguna
injusticia o de un delito grave, judíos, sería
razonable que los escuchara.
15 Pero, si son disputas acerca de palabras,
nombres y su propia ley, resuélvanlas ustedes.
Yo no quiero ser juez de esas cosas».

16 Y los expulsó del tribunal.
17 Entonces todos se apoderaron de Sóstenes,
dirigente de la sinagoga, y lo golpeaban delante
del tribunal; pero a Galión nada de esto le
importaba.

La despedida de Corinto y el viaje hacia Siria

18 Pablo permaneció todavía bastantes días.
Después se despidió de los hermanos y navegó
hacia Siria, acompañado de Priscila y Aquila. Se
había cortado el cabello en Cencrea, porque
tenía un voto.
19 Llegaron a Éfeso y los dejó allí. Él entró en
la sinagoga y dialogó con los judíos.
20 Le pidieron que se quedara más tiempo,
pero no aceptó.
21 Se despidió diciendo: «Volveré a ustedes, si
Dios quiere». Y zarpó de Éfeso.

El regreso a Antioquía

22 Desembarcó en Cesarea, subió a saludar a la
iglesia y luego bajó a Antioquía.

Pablo fortalece nuevamente a los discípulos

23 Después de pasar allí algún tiempo, salió y
recorrió por orden la región de Galacia y Frigia,
fortaleciendo a todos los discípulos.

Apolos predica en Éfeso

24 Llegó a Éfeso un judío llamado Apolos,
natural de Alejandría, hombre elocuente y
poderoso en las Escrituras.
25 Había sido instruido en el camino del Señor
y, con espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba con

exactitud lo referente a Jesús, aunque solo
conocía el bautismo de Juan.
26 Comenzó a hablar con valentía en la
sinagoga. Cuando Priscila y Aquila lo oyeron, lo
tomaron aparte y le explicaron con mayor
exactitud el camino de Dios.
27 Cuando quiso pasar a Acaya, los hermanos
lo animaron y escribieron a los discípulos para
que lo recibieran. Al llegar, ayudó mucho a los
que habían creído por la gracia,
28 porque refutaba enérgicamente a los judíos
en público, demostrando por las Escrituras que
Jesús es el Cristo.

19

Pablo y los discípulos vinculados al bautismo de Juan

1 Mientras Apolos estaba en Corinto, Pablo
recorrió las regiones del interior y llegó a Éfeso,
donde encontró a algunos discípulos.
2 Les preguntó: «¿Recibieron el Espíritu Santo
cuando creyeron?». Ellos respondieron: «Ni
siquiera hemos oído que haya Espíritu Santo».
3 Él preguntó: «Entonces, ¿en qué fueron
bautizados?». Ellos dijeron: «En el bautismo de
Juan».
4 Pablo dijo: «Juan bautizó con un bautismo de
arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyera
en el que vendría después de él, es decir, en
Jesús».
5 Al oír esto, fueron bautizados en el nombre
del Señor Jesús.

6 Cuando Pablo les impuso las manos, el
Espíritu Santo vino sobre ellos, y hablaban en
lenguas y profetizaban.
7 Eran en total unos doce hombres.

La enseñanza en Éfeso y su alcance regional

8 Pablo entró en la sinagoga y habló con
valentía durante tres meses, dialogando y
tratando de persuadirlos acerca del reino de
Dios.
9 Pero algunos se endurecían, se negaban a
creer y hablaban mal del Camino ante la
multitud. Él se apartó de ellos, separó a los
discípulos y dialogaba diariamente en la escuela
de Tirano.
10 Esto continuó durante dos años, de modo
que todos los habitantes de Asia, tanto judíos
como griegos, oyeron la palabra del Señor.

Los milagros y la autoridad del Señor Jesús

11 Dios realizaba milagros extraordinarios por
medio de las manos de Pablo,
12 hasta el punto de que llevaban a los
enfermos pañuelos o delantales que habían
tocado su piel; las enfermedades se apartaban
de ellos y los espíritus malignos salían.

El fracaso de quienes usan el nombre de Jesús como fórmula

13 Algunos de los exorcistas judíos ambulantes
intentaron también invocar el nombre del Señor
Jesús sobre los que tenían espíritus malignos,
diciendo: «Los conjuro por Jesús, a quien Pablo
proclama».

14 Siete hijos de un tal Esceva, un sumo
sacerdote judío, hacían esto.
15 Pero el espíritu maligno les respondió: «A
Jesús lo conozco y sé quién es Pablo; pero
ustedes, ¿quiénes son?».
16 El hombre en quien estaba el espíritu
maligno se lanzó sobre ellos, dominó a ambos y
se impuso sobre ellos, de modo que huyeron de
aquella casa desnudos y heridos.

El reconocimiento del Señor y la renuncia a la magia

17 Esto llegó a ser conocido por todos los judíos
y griegos que vivían en Éfeso. El temor se
apoderó de todos ellos y el nombre del Señor
Jesús era engrandecido.
18 Muchos de los que habían creído venían
confesando y declarando sus prácticas.
19 Bastantes de los que habían practicado la
magia reunieron sus libros y los quemaban
delante de todos. Calcularon su valor y resultó
ser de cincuenta mil monedas de plata.
20 Así crecía y prevalecía poderosamente la
palabra del Señor.

Los planes de Pablo para continuar su viaje

21 Después de estas cosas, Pablo se propuso en
su espíritu pasar por Macedonia y Acaya e ir a
Jerusalén. Decía: «Después de estar allí, también
debo ver Roma».
22 Envió a Macedonia a dos de sus ayudantes,
Timoteo y Erasto, mientras él permaneció algún
tiempo en Asia.

El alboroto en Éfeso

23 Por aquel tiempo surgió un gran alboroto a
causa del Camino.
24 Un platero llamado Demetrio, que fabricaba
templecillos de plata de Artemisa,
proporcionaba grandes ganancias a los
artesanos.
25 Los reunió, junto con los trabajadores de
oficios semejantes, y dijo: «Hombres, ustedes
saben que de este trabajo proviene nuestra
prosperidad.
26 Y ven y oyen que este Pablo ha persuadido y
apartado a mucha gente, no solo en Éfeso, sino
en casi toda Asia, diciendo que los que se hacen
con las manos no son dioses.
27 No solo está en peligro de caer en descrédito
nuestro oficio, sino también de que el templo de
la gran diosa Artemisa sea tenido en nada y de
que ella sea despojada de su grandeza, a ella, a
quien toda Asia y el mundo habitado adoran».
28 Al oír esto, se llenaron de ira y gritaban:
«¡Grande es Artemisa de los efesios!».
29 La ciudad se llenó de confusión, y todos
juntos se precipitaron al teatro, arrastrando a
Gayo y a Aristarco, macedonios que
acompañaban a Pablo en sus viajes.
30 Pablo quería entrar ante el pueblo, pero los
discípulos no lo dejaban.
31 También algunos de los funcionarios de
Asia, que eran amigos suyos, le enviaron un
mensaje rogándole que no se presentara en el
teatro.
32 Unos gritaban una cosa y otros otra, porque
la asamblea estaba confusa y la mayoría no

sabía por qué se había reunido.
33 Desde la multitud dieron instrucciones a
Alejandro, a quien los judíos habían empujado
al frente. Alejandro hizo una señal con la mano
y quería presentar su defensa ante el pueblo.
34 Pero, al reconocer que era judío, todos
gritaron a una sola voz durante unas dos horas:
«¡Grande es Artemisa de los efesios!».

El secretario de la ciudad pone fin al tumulto

35 El secretario de la ciudad calmó a la
multitud y dijo: «Efesios, ¿quién no sabe que la
ciudad de los efesios es guardiana del templo de
la gran Artemisa y de la imagen caída del cielo?
36 Puesto que estas cosas son indiscutibles,
deben mantener la calma y no hacer nada
precipitado.
37 Porque han traído a estos hombres, que ni
roban templos ni blasfeman contra nuestra
diosa.
38 Así que, si Demetrio y los artesanos que
están con él tienen alguna acusación contra
alguien, hay días de audiencia y hay
procónsules; que presenten sus acusaciones
unos contra otros.
39 Y, si buscan algo más, se resolverá en la
asamblea legal.
40 Porque corremos el peligro de ser acusados
de sedición por lo ocurrido hoy, sin que exista
ningún motivo que nos permita dar razón de
esta reunión tumultuosa».
41 Después de decir esto, disolvió la asamblea.

20

Viaje de Pablo a Macedonia y Grecia

1 Cuando cesó el alboroto, Pablo mandó llamar
a los discípulos, los animó y se despidió de ellos.
Después salió hacia Macedonia.
2 Recorrió aquellas regiones, animó a los
hermanos con muchas palabras y llegó a Grecia,
3 donde pasó tres meses. Cuando estaba a
punto de embarcarse hacia Siria, los judíos
tramaron una conspiración contra él; por eso
decidió regresar por Macedonia.
4 Lo acompañaban Sópater, hijo de Pirro, de
Berea; Aristarco y Segundo, de Tesalónica; Gayo
de Derbe y Timoteo; y Tíquico y Trófimo, de Asia.
5 Estos llegaron a Troas y allí nos esperaban.
6 Nosotros zarpamos de Filipos después de los
días de los Panes sin Levadura y en cinco días
llegamos adonde estaban, en Troas, donde
permanecimos siete días.

Visita de despedida de Pablo en Troas

7 El primer día de la semana, cuando
estábamos reunidos para partir el pan, Pablo les
hablaba y, como iba a salir al día siguiente,
prolongó su discurso hasta la medianoche.
8 Había muchas lámparas en la habitación de
la planta alta donde estábamos reunidos.
9 Un joven llamado Eutico estaba sentado en la
ventana. Mientras Pablo seguía hablando, lo
vencía un sueño profundo; dominado por el
sueño, cayó desde el tercer piso y lo recogieron
muerto.

10 Pablo bajó, se echó sobre él y lo abrazó,
diciendo: «No se alarmen, porque está vivo».
11 Después subió, partió el pan y comió. Siguió
conversando largo tiempo, hasta el amanecer, y
entonces se fue.
12 Llevaron al joven vivo y quedaron muy
consolados.

Viaje de Troas a Mileto

13 Nosotros nos adelantamos al barco y
zarpamos hacia Asón, donde íbamos a recoger a
Pablo. Así lo había dispuesto él, pues pensaba ir
por tierra.
14 Cuando se reunió con nosotros en Asón, lo
tomamos a bordo y fuimos a Mitilene.
15 Zarpamos de allí y al día siguiente llegamos
frente a Quío; al otro día arribamos a Samos y al
siguiente llegamos a Mileto.
16 Pablo había decidido pasar de largo por
Éfeso para no demorarse en Asia, pues se
apresuraba a estar en Jerusalén el día de
Pentecostés, si le era posible.

Discurso de despedida de Pablo en Mileto

17 Desde Mileto envió a Éfeso y mandó llamar
a los ancianos de la iglesia.
18 Cuando llegaron, les dijo: «Ustedes saben
cómo he vivido entre ustedes todo el tiempo,
desde el primer día en que llegué a Asia,
19 sirviendo al Señor con toda humildad, con
lágrimas y con las pruebas que me sobrevinieron
por las conspiraciones de los judíos.

20 No dejé de anunciarles nada que fuera de
provecho ni de enseñarles públicamente y por las
casas,
21 dando solemne testimonio a judíos y a
griegos del arrepentimiento para con Dios y de
la fe en nuestro Señor Jesús.
22 Ahora voy a Jerusalén, atado por el Espíritu,
sin saber lo que allí me sucederá,
23 salvo que el Espíritu Santo me da testimonio
en cada ciudad de que me esperan cadenas y
aflicciones.

La fidelidad al evangelio de la gracia

24 Pero no considero mi vida como algo
precioso para mí mismo, con tal de terminar mi
carrera y el ministerio que recibí del Señor
Jesús: dar solemne testimonio de la buena
noticia de la gracia de Dios.
25 Ahora sé que ninguno de ustedes, entre
quienes he pasado proclamando el reino,
volverá a ver mi rostro.
26 Por eso les declaro hoy que estoy limpio de
la sangre de todos,
27 porque no dejé de anunciarles todo el
propósito de Dios.

El cuidado de la iglesia adquirida por Cristo

28 Cuídense a ustedes mismos y a todo el
rebaño en el que el Espíritu Santo los ha puesto
como supervisores, para pastorear la iglesia de
Dios, que él adquirió con su propia sangre.
29 Yo sé que después de mi partida entrarán
entre ustedes lobos feroces que no tendrán
piedad del rebaño.

30 Y de entre ustedes mismos se levantarán
hombres que hablarán cosas torcidas para
arrastrar a los discípulos tras ellos.
31 Por eso velen, recordando que durante tres
años, noche y día, no dejé de amonestar con
lágrimas a cada uno.
32 Ahora los encomiendo a Dios y a la palabra
de su gracia, que puede edificarlos y darles la
herencia entre todos los santificados.

El ejemplo de trabajo y generosidad

33 No he codiciado la plata, el oro ni la ropa de
nadie.
34 Ustedes mismos saben que estas manos han
atendido mis necesidades y las de los que
estaban conmigo.
35 En todo les he mostrado que, trabajando así,
debemos ayudar a los débiles y recordar las
palabras del Señor Jesús, que él mismo dijo:
“Más bienaventurado es dar que recibir”».
36 Después de decir esto, se puso de rodillas y
oró con todos ellos.
37 Todos lloraron mucho, se echaron al cuello
de Pablo y lo besaban,
38 dolidos sobre todo por lo que había dicho:
que ya no volverían a ver su rostro. Y lo
acompañaron hasta el barco.

21

Viaje de Pablo a Jerusalén

1 Después de separarnos de ellos, zarpamos y
navegamos directamente a Cos; al día siguiente
llegamos a Rodas y de allí a Pátara.

2 Encontramos un barco que cruzaba hacia
Fenicia, subimos a bordo y zarpamos.
3 Al avistar Chipre, la dejamos a la izquierda y
navegamos hacia Siria. Desembarcamos en Tiro,
porque allí el barco debía descargar su
mercancía.
4 Encontramos a los discípulos y
permanecimos allí siete días. Ellos decían a
Pablo, por medio del Espíritu, que no fuera a
Jerusalén.
5 Cuando se cumplieron aquellos días, salimos
y continuamos el viaje. Todos, con sus mujeres e
hijos, nos acompañaron hasta fuera de la ciudad.
Nos arrodillamos en la playa y oramos,
6 nos despedimos unos de otros y subimos al
barco; ellos regresaron a sus casas.
7 Completamos la travesía desde Tiro y
llegamos a Tolemaida. Saludamos a los
hermanos y permanecimos con ellos un día.
8 Al día siguiente salimos y llegamos a Cesarea.
Entramos en casa de Felipe el evangelista, que
era uno de los Siete, y nos hospedamos con él.
9 Él tenía cuatro hijas vírgenes que
profetizaban.

La advertencia de Ágabo y la decisión de Pablo

10 Mientras permanecíamos allí varios días,
bajó de Judea un profeta llamado Ágabo.
11 Vino a nosotros, tomó el cinturón de Pablo,
se ató los pies y las manos y dijo: «Esto dice el
Espíritu Santo: “Así atarán los judíos en Jerusalén
al hombre a quien pertenece este cinturón y lo
entregarán en manos de los gentiles”».

12 Al oír esto, tanto nosotros como los de aquel
lugar le rogábamos que no subiera a Jerusalén.
13 Entonces Pablo respondió: «¿Por qué lloran
y me quebrantan el corazón? Yo estoy dispuesto
no solo a ser atado, sino también a morir en
Jerusalén por el nombre del Señor Jesús».
14 Como no se dejaba persuadir, dejamos de
insistir y dijimos: «Que se haga la voluntad del
Señor».
15 Después de aquellos días hicimos los
preparativos y subimos a Jerusalén.
16 También nos acompañaron algunos
discípulos de Cesarea, que nos llevaron a
Mnasón, un chipriota y discípulo desde los
primeros tiempos, en cuya casa íbamos a
hospedarnos.

Pablo se reúne con los ancianos de Jerusalén

17 Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos
nos recibieron con alegría.
18 Al día siguiente, Pablo fue con nosotros a
visitar a Jacobo, y estaban presentes todos los
ancianos.
19 Después de saludarlos, les contó una por
una las cosas que Dios había hecho entre los
gentiles por medio de su ministerio.
20 Al oírlo, glorificaban a Dios y le dijeron:
«Hermano, ya ves cuántas decenas de miles de
judíos han creído, y todos son celosos de la ley.
21 Pero les han informado de que enseñas a
todos los judíos que viven entre los gentiles a
abandonar a Moisés, diciéndoles que no
circunciden a sus hijos ni sigan las costumbres.

22 ¿Qué hacer, entonces? Sin duda se enterarán
de que has llegado.
23 Haz, pues, lo que te decimos. Hay entre
nosotros cuatro hombres que tienen un voto
sobre sí.
24 Tómalos contigo, purifícate con ellos y paga
sus gastos para que se rapen la cabeza. Así todos
sabrán que no hay nada de cierto en lo que les
han informado acerca de ti, sino que tú también
vives guardando la ley.
25 En cuanto a los gentiles que han creído, ya
les hemos comunicado nuestra decisión: que se
abstengan de lo sacrificado a los ídolos, de la
sangre, de la carne de animales estrangulados y
de la inmoralidad sexual».
26 Entonces Pablo tomó consigo a los hombres
y, al día siguiente, después de purificarse con
ellos, entró en el templo, anunciando cuándo se
cumplirían los días de la purificación y se
presentaría la ofrenda por cada uno de ellos.

La acusación contra Pablo en el templo

27 Cuando estaban por cumplirse los siete días,
los judíos de Asia lo vieron en el templo,
alborotaron a toda la multitud y lo apresaron,
28 gritando: «¡Israelitas, ayuden! Este es el
hombre que enseña a todos en todas partes
contra el pueblo, contra la ley y contra este
lugar. Además, ha introducido griegos en el
templo y ha profanado este lugar santo».
29 Porque antes habían visto con él en la
ciudad a Trófimo el efesio y suponían que Pablo
lo había introducido en el templo.

30 Toda la ciudad se agitó y el pueblo acudió
corriendo. Se apoderaron de Pablo, lo
arrastraron fuera del templo y enseguida se
cerraron las puertas.

Pablo queda bajo custodia romana

31 Mientras intentaban matarlo, llegó al
comandante de la compañía la noticia de que
toda Jerusalén estaba alborotada.
32 Él tomó enseguida soldados y centuriones y
corrió hacia ellos. Al ver al comandante y a los
soldados, dejaron de golpear a Pablo.
33 Entonces el comandante se acercó, lo
arrestó y ordenó atarlo con dos cadenas.
Preguntaba quién era y qué había hecho.
34 Entre la multitud unos gritaban una cosa y
otros otra. Como no podía averiguar nada con
certeza a causa del alboroto, ordenó que lo
llevaran al cuartel.
35 Cuando llegó a las escaleras, los soldados
tuvieron que llevarlo en brazos por la violencia
de la multitud,
36 porque la muchedumbre del pueblo iba
detrás gritando: «¡Acaben con él!».

Defensa de Pablo ante el pueblo

37 Cuando iban a introducir a Pablo en el
cuartel, él dijo al comandante: «¿Me permite
decirle algo?». Él preguntó: «¿Sabes griego?
38 ¿No eres entonces el egipcio que hace algún
tiempo provocó una rebelión y llevó al desierto
a los cuatro mil sicarios?».

39 Pablo respondió: «Soy judío de Tarso de
Cilicia, ciudadano de una ciudad de importancia.
Le ruego que me permita hablar al pueblo».
40 Cuando él se lo permitió, Pablo, de pie en las
escaleras, hizo una señal con la mano al pueblo.
Se hizo un gran silencio, y se dirigió a ellos en
lengua hebrea, diciendo:

22

1 «Hermanos y padres, escuchen ahora la
defensa que presento ante ustedes».
2 Al oír que se dirigía a ellos en lengua hebrea,
guardaron aún más silencio. Entonces dijo:
3 «Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero
criado en esta ciudad. Fui instruido a los pies de
Gamaliel conforme al rigor de la ley de nuestros
padres, y era celoso de Dios, como todos ustedes
lo son hoy.
4 Perseguí este Camino hasta la muerte,
atando y entregando a las cárceles tanto a
hombres como a mujeres,
5 como también pueden atestiguar el sumo
sacerdote y todo el consejo de ancianos. De ellos
recibí cartas para los hermanos y me dirigía a
Damasco, a fin de llevar atados a Jerusalén
también a los que estaban allí, para que fueran
castigados.

Pablo relata su conversión
Relatos relacionados: Hechos 9:1–19; Hechos 26:12–18.

6 Mientras viajaba y me acercaba a Damasco,
hacia el mediodía, de pronto una intensa luz del
cielo brilló a mi alrededor.

7 Caí al suelo y oí una voz que me decía:
“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”.
8 Yo respondí: “¿Quién eres, Señor?”. Él me dijo:
“Yo soy Jesús el Nazareno, a quien tú persigues”.
9 Los que estaban conmigo vieron la luz, pero
no entendieron la voz del que me hablaba.
10 Entonces pregunté: “¿Qué debo hacer,
Señor?”. El Señor me dijo: “Levántate y ve a
Damasco; allí se te dirá todo lo que se te ha
ordenado hacer”.
11 Como no podía ver a causa del resplandor
de aquella luz, llegué a Damasco llevado de la
mano por mis compañeros.
12 Un hombre llamado Ananías, piadoso
conforme a la ley y de quien daban buen
testimonio todos los judíos que vivían allí,
13 vino a mí, se puso a mi lado y me dijo:
“Hermano Saulo, recobra la vista”. En aquel
mismo instante recobré la vista y lo miré.
14 Él dijo: “El Dios de nuestros padres te ha
escogido para que conozcas su voluntad, veas al
Justo y oigas la voz de su boca,
15 porque serás testigo suyo ante todos los
seres humanos de lo que has visto y oído.
16 Ahora, ¿qué esperas? Levántate, bautízate y
lava tus pecados, invocando su nombre”.

Pablo es enviado a los gentiles

17 Cuando regresé a Jerusalén, mientras oraba
en el templo, me sobrevino un éxtasis
18 y lo vi diciéndome: “Date prisa y sal pronto
de Jerusalén, porque no aceptarán tu testimonio
acerca de mí”.

19 Yo dije: “Señor, ellos saben que yo
encarcelaba y golpeaba en las sinagogas a
quienes creían en ti.
20 Y cuando se derramaba la sangre de
Esteban, tu testigo, yo mismo estaba presente, lo
aprobaba y cuidaba los mantos de quienes lo
mataban”.
21 Pero él me dijo: “Ve, porque yo te enviaré
lejos, a los gentiles”».

La reacción al envío de Pablo a los gentiles

22 Lo escucharon hasta estas palabras.
Entonces alzaron la voz y dijeron: «¡Quiten de la
tierra a un hombre así, porque no debe vivir!».
23 Mientras gritaban, arrojaban sus mantos y
lanzaban polvo al aire,

La ciudadanía romana de Pablo detiene los azotes

24 el comandante ordenó introducirlo en el
cuartel y dijo que lo interrogaran con azotes,
para averiguar por qué gritaban así contra él.
25 Cuando lo estiraron sujetándolo con correas,
Pablo dijo al centurión que estaba presente:
«¿Les está permitido azotar a un ciudadano
romano sin haberlo condenado?».
26 Al oír esto, el centurión fue a informar al
comandante y dijo: «¿Qué va a hacer? Este
hombre es ciudadano romano».
27 El comandante se acercó y le preguntó:
«Dime, ¿eres ciudadano romano?». Él respondió:
«Sí».
28 El comandante dijo: «Yo adquirí esta
ciudadanía por una gran suma de dinero». Pablo
respondió: «Pues yo la tengo de nacimiento».

29 Enseguida se apartaron de él los que iban a
interrogarlo. También el comandante tuvo
miedo al saber que era ciudadano romano y que
lo había encadenado.

Pablo ante el concilio

30 Al día siguiente, como quería saber con
certeza de qué lo acusaban los judíos, lo desató
y ordenó que se reunieran los principales
sacerdotes y todo el Concilio. Hizo bajar a Pablo
y lo presentó ante ellos.

23

1 Pablo miró fijamente al Concilio y dijo:
«Hermanos, hasta el día de hoy he vivido ante
Dios con una conciencia enteramente limpia».
2 El sumo sacerdote Ananías ordenó a los que
estaban junto a él que lo golpearan en la boca.
3 Entonces Pablo le dijo: «¡Dios te va a golpear
a ti, pared blanqueada! ¿Te sientas a juzgarme
conforme a la ley y, violando la ley, ordenas que
me golpeen?».
4 Los que estaban presentes dijeron: «¿Insultas
al sumo sacerdote de Dios?».
5 Pablo respondió: «Hermanos, no sabía que
era el sumo sacerdote; porque está escrito: “No
hablarás mal de un gobernante de tu pueblo”».

La resurrección divide al Concilio

6 Pablo, al saber que una parte era de
saduceos y la otra de fariseos, alzó la voz en el
Concilio: «Hermanos, yo soy fariseo, hijo de
fariseos. Se me juzga por la esperanza y la
resurrección de los muertos».

7 Cuando dijo esto, surgió una disputa entre los
fariseos y los saduceos, y la asamblea se dividió.
8 Porque los saduceos dicen que no hay
resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los
fariseos afirman ambas cosas.
9 Hubo un gran griterío. Algunos escribas del
grupo de los fariseos se levantaron y discutían
con fuerza, diciendo: «No encontramos ningún
mal en este hombre. Pero si le ha hablado un
espíritu o un ángel…».
10 Como la disputa se hacía muy violenta, el
comandante temió que despedazaran a Pablo.
Ordenó a la tropa bajar, sacarlo de en medio de
ellos y llevarlo al cuartel.

El Señor confirma el testimonio de Pablo en Roma

11 La noche siguiente, el Señor se presentó a su
lado y dijo: «Ten ánimo; porque, así como has
dado solemne testimonio de mí en Jerusalén,
también debes dar testimonio en Roma».

Complot contra Pablo

12 Al amanecer, los judíos tramaron una
conspiración y se comprometieron bajo
maldición a no comer ni beber hasta haber
matado a Pablo.
13 Eran más de cuarenta los que habían hecho
este juramento.
14 Se presentaron ante los principales
sacerdotes y los ancianos y dijeron: «Nos hemos
comprometido bajo solemne maldición a no
probar nada hasta haber matado a Pablo.
15 Ahora ustedes, junto con el Concilio, pidan
al comandante que lo haga bajar ante ustedes,

como si quisieran examinar su caso con mayor exactitud. Nosotros estamos preparados para matarlo antes de que llegue».

Un familiar de Pablo informa de la emboscada

16 Pero el hijo de la hermana de Pablo se
enteró de la emboscada, fue al cuartel, entró y
se lo contó a Pablo.
17 Pablo llamó a uno de los centuriones y dijo:
«Lleva a este joven ante el comandante, porque
tiene algo que comunicarle».
18 Él lo tomó consigo, lo llevó ante el
comandante y dijo: «El preso Pablo me llamó y
me pidió que trajera ante usted a este joven, que
tiene algo que decirle».
19 El comandante lo tomó de la mano, lo llevó
aparte y le preguntó en privado: «¿Qué tienes
que comunicarme?».
20 Él respondió: «Los judíos se han puesto de
acuerdo para pedirle que mañana haga bajar a
Pablo ante el Concilio, como si este quisiera
examinar su caso con mayor exactitud.
21 Pero no se deje convencer por ellos, porque
más de cuarenta hombres de entre ellos le
tienden una emboscada. Se han comprometido
bajo maldición a no comer ni beber hasta
haberlo matado, y ahora están preparados,
esperando que usted dé su consentimiento».
22 El comandante despidió al joven y le
ordenó: «No digas a nadie que me has
comunicado estas cosas».

Pablo es enviado a Félix el gobernador

23 Después llamó a dos de los centuriones y
dijo: «Preparen doscientos soldados para ir a
Cesarea, junto con setenta jinetes y doscientos
lanceros, a las nueve de la noche.
24 Preparen también cabalgaduras para que
Pablo monte y sea llevado a salvo ante el
gobernador Félix».
25 Y escribió una carta en estos términos:
26 «Claudio Lisias al excelentísimo gobernador
Félix: saludos.
27 Los judíos habían apresado a este hombre y
estaban a punto de matarlo. Acudí con la tropa y
lo rescaté, al saber que era ciudadano romano.
28 Como quería averiguar el motivo de las
acusaciones contra él, lo hice bajar ante el
Concilio de ellos.
29 Encontré que lo acusaban por cuestiones de
su ley, pero que no había contra él ningún cargo
que mereciera muerte o prisión.
30 Al ser informado de que se preparaba una
conspiración contra este hombre, se lo envié de
inmediato y ordené a sus acusadores que
presentaran ante usted lo que tuvieran contra
él».

31 Los soldados, conforme a las órdenes
recibidas, tomaron a Pablo y lo llevaron de
noche a Antípatris.
32 Al día siguiente dejaron que los jinetes
siguieran con él y regresaron al cuartel.
33 Cuando aquellos llegaron a Cesarea,
entregaron la carta al gobernador y le
presentaron también a Pablo.

34 Después de leerla, preguntó de qué
provincia era. Al enterarse de que era de Cilicia,
35 dijo: «Escucharé tu caso cuando lleguen
también tus acusadores». Y ordenó que lo
custodiaran en el pretorio de Herodes.

24

Los acusadores presentan su caso ante Félix

1 Cinco días después bajó el sumo sacerdote
Ananías con algunos ancianos y un abogado
llamado Tértulo. Ellos presentaron ante el
gobernador sus acusaciones contra Pablo.
2 Cuando lo llamaron, Tértulo comenzó a
acusarlo diciendo: «Gracias a usted gozamos de
mucha paz, y por su previsión se realizan
reformas para esta nación;
3 lo reconocemos en todo momento y en todo
lugar con plena gratitud, excelentísimo Félix.
4 Pero, para no demorarlo más, le ruego que,
con su amabilidad, nos escuche brevemente.
5 Hemos encontrado que este hombre es una
plaga, promotor de rebeliones entre todos los
judíos del mundo habitado y cabecilla de la
secta de los nazarenos.
6 Incluso intentó profanar el templo, por lo
que lo apresamos.
7 [Pero intervino el comandante Lisias y, con
mucha violencia, se lo llevó de nuestras manos.]
8 Usted mismo, al interrogarlo, podrá
enterarse de todas estas cosas de las que lo
acusamos».
9 También los judíos se sumaron a la
acusación, afirmando que todo era así.

Pablo responde a las acusaciones

10 Cuando el gobernador le hizo una señal para
que hablara, Pablo respondió: «Sé que desde
hace muchos años usted es juez de esta nación, y
por eso presento mi defensa con confianza.
11 Puede comprobar que no han pasado más
de doce días desde que subí a Jerusalén para
adorar.
12 No me encontraron discutiendo con nadie
ni provocando un tumulto, ni en el templo, ni en
las sinagogas, ni en la ciudad.
13 Tampoco pueden demostrarle las cosas de
las que ahora me acusan.

La fe en el Camino y la esperanza de resurrección

14 Pero esto le confieso: según el Camino que
ellos llaman secta, así sirvo al Dios de nuestros
padres, creyendo todo lo escrito en la Ley y en
los Profetas.
15 Tengo puesta en Dios la esperanza, que ellos
mismos también abrigan, de que habrá
resurrección tanto de justos como de injustos.
16 Por eso también me esfuerzo por mantener
siempre una conciencia sin reproche ante Dios y
ante los seres humanos.
17 Después de varios años vine a traer
limosnas a mi nación y a presentar ofrendas.
18 Mientras lo hacía, me encontraron
purificado en el templo, sin multitud ni alboroto.
19 Pero algunos judíos de Asia deberían estar
presentes ante usted y acusarme, si tienen algo
contra mí.
20 O que estos mismos digan qué delito
encontraron cuando comparecí ante el Concilio,

21 a no ser por esta única declaración que hice
en voz alta mientras estaba entre ellos: “Por la
resurrección de los muertos se me juzga hoy
ante ustedes”».

Félix aplaza la resolución del caso

22 Félix, que conocía con bastante exactitud lo
referente al Camino, aplazó el caso y dijo:
«Cuando baje el comandante Lisias, resolveré su
asunto».
23 Ordenó al centurión que lo mantuviera bajo
custodia, pero le concediera cierta libertad y no
impidiera a ninguno de los suyos atenderlo.

Félix escucha acerca de la fe en Jesucristo

24 Algunos días después, Félix llegó con
Drusila, su esposa, que era judía. Mandó llamar
a Pablo y lo escuchó hablar acerca de la fe en
Cristo Jesús.
25 Pero, cuando él razonaba acerca de la
justicia, el dominio propio y el juicio venidero,
Félix se llenó de temor y respondió: «Por ahora
vete; cuando tenga oportunidad, te mandaré
llamar».
26 Al mismo tiempo esperaba que Pablo le
diera dinero; por eso lo mandaba llamar con
más frecuencia y conversaba con él.
27 Al cumplirse dos años, Félix tuvo como
sucesor a Porcio Festo. Y, como quería ganarse
el favor de los judíos, Félix dejó a Pablo preso.

25

La nueva acusación ante Festo

1 Tres días después de llegar a la provincia,
Festo subió de Cesarea a Jerusalén.
2 Los principales sacerdotes y los dirigentes de
los judíos le presentaron sus acusaciones contra
Pablo y le rogaban,
3 pidiéndole como favor contra él que lo
mandara traer a Jerusalén. Preparaban una
emboscada para matarlo por el camino.
4 Festo respondió que Pablo estaba bajo
custodia en Cesarea y que él mismo partiría
pronto hacia allí.
5 «Así que los que tengan autoridad entre
ustedes —dijo— bajen conmigo y, si hay algo
malo en este hombre, presenten sus acusaciones
contra él».
6 Después de pasar entre ellos no más de ocho
o diez días, bajó a Cesarea. Al día siguiente se
sentó en el tribunal y ordenó que trajeran a
Pablo.
7 Cuando llegó, los judíos que habían bajado
de Jerusalén lo rodearon y presentaron muchas
acusaciones graves que no podían demostrar.
8 Pablo decía en su defensa: «No he cometido
ninguna falta contra la ley de los judíos, ni
contra el templo, ni contra el César».
9 Pero Festo, queriendo ganarse el favor de los
judíos, preguntó a Pablo: «¿Quieres subir a
Jerusalén y ser juzgado allí ante mí por estas
cosas?».

La apelación de Pablo al César

10 Pablo respondió: «Estoy ante el tribunal del
César, donde debo ser juzgado. No he hecho

ningún daño a los judíos, como usted mismo
sabe muy bien.
11 Si he cometido alguna injusticia o he hecho
algo digno de muerte, no me niego a morir.
Pero, si no hay nada de cierto en lo que estos me
acusan, nadie puede entregarme a ellos para
complacerlos. ¡Apelo al César!».
12 Entonces Festo, después de consultar con su
consejo, respondió: «Has apelado al César; al
César irás».

Festo consulta con el rey Agripa

13 Pasados algunos días, el rey Agripa y
Berenice llegaron a Cesarea para saludar a Festo.
14 Como permanecieron allí varios días, Festo
expuso al rey el caso de Pablo, diciendo: «Hay
un hombre que Félix dejó preso.
15 Cuando estuve en Jerusalén, los principales
sacerdotes y los ancianos de los judíos
presentaron acusaciones contra él y pidieron
que lo condenara.
16 Les respondí que no es costumbre de los
romanos entregar a un hombre antes de que el
acusado tenga frente a frente a sus acusadores y
reciba oportunidad de defenderse de la
acusación.
17 Así que, cuando se reunieron aquí, no hice
ninguna demora: al día siguiente me senté en el
tribunal y ordené que trajeran al hombre.
18 Cuando sus acusadores se presentaron, no
alegaron ninguno de los delitos que yo
sospechaba,

19 sino que tenían contra él ciertas disputas
acerca de su propia religión y de un tal Jesús, ya
muerto, de quien Pablo afirmaba que estaba
vivo.
20 Yo no sabía cómo investigar estas
cuestiones, así que le pregunté si quería ir a
Jerusalén y ser juzgado allí por estas cosas.
21 Pero Pablo apeló para que lo mantuvieran
bajo custodia hasta la decisión del emperador.
Por eso ordené que lo custodiaran hasta
enviarlo al César».
22 Agripa dijo a Festo: «Yo también quisiera
escuchar a ese hombre». Él respondió: «Mañana
lo escucharás».

Pablo comparece ante Agripa y Berenice

23 Al día siguiente llegaron Agripa y Berenice
con gran pompa y entraron en la sala de
audiencias con los comandantes y los hombres
más distinguidos de la ciudad. Por orden de
Festo, trajeron a Pablo.
24 Festo dijo: «Rey Agripa y todos los hombres
aquí presentes con nosotros: ven a este hombre,
por quien toda la multitud de los judíos ha
acudido a mí, tanto en Jerusalén como aquí,
gritando que ya no debe vivir.
25 Pero yo comprobé que no había hecho nada
digno de muerte y, como él mismo apeló al
emperador, decidí enviarlo.
26 No tengo nada concreto que escribir al
soberano acerca de él. Por eso lo he presentado
ante ustedes, y especialmente ante usted, rey

Agripa, para que, después del interrogatorio,
tenga algo que escribir.
27 Porque me parece absurdo enviar a un
preso sin indicar también los cargos en su
contra».

26

Defensa de Pablo ante Agripa

1 Agripa dijo a Pablo: «Se te permite hablar en
tu defensa». Entonces Pablo extendió la mano y
comenzó su defensa:
2 «Rey Agripa, me considero dichoso de poder
presentar hoy ante usted mi defensa de todas las
acusaciones que los judíos hacen contra mí,
3 sobre todo porque usted conoce bien todas
las costumbres y controversias de los judíos. Por
eso le ruego que me escuche con paciencia.

Vida anterior de Pablo

4 Todos los judíos conocen mi modo de vivir
desde mi juventud, que transcurrió desde el
principio entre mi pueblo y en Jerusalén.
5 Me conocen desde hace tiempo y, si quieren,
pueden atestiguar que viví como fariseo,
conforme al grupo más estricto de nuestra
religión.
6 Ahora estoy siendo juzgado por la esperanza
en la promesa que Dios hizo a nuestros padres,
7 cuyo cumplimiento esperan alcanzar
nuestras doce tribus, rindiendo culto con fervor
noche y día. Por esta esperanza me acusan los
judíos, oh rey.

8 ¿Por qué consideran ustedes increíble que
Dios resucite a los muertos?

Pablo el perseguidor

9 Yo mismo pensaba que debía hacer muchas
cosas contra el nombre de Jesús el Nazareno.
10 Así lo hice en Jerusalén: con autoridad
recibida de los principales sacerdotes, encerré
en cárceles a muchos de los santos y, cuando los
mataban, daba mi voto contra ellos.
11 Los castigaba muchas veces en todas las
sinagogas y trataba de obligarlos a blasfemar.
En mi extrema furia contra ellos, los perseguía
incluso en las ciudades extranjeras.

Pablo relata su conversión
Relatos relacionados: Hechos 9:1–19; Hechos 22:6–16.

12 Ocupado en esto, viajaba a Damasco con
autoridad y comisión de los principales
sacerdotes.
13 Al mediodía, oh rey, vi en el camino una luz
del cielo, más resplandeciente que el sol, que
brilló a mi alrededor y al de mis compañeros de
viaje.
14 Todos caímos a tierra y oí una voz que me
decía en lengua hebrea: “Saulo, Saulo, ¿por qué
me persigues? Duro te es dar coces contra los
aguijones”.
15 Yo pregunté: “¿Quién eres, Señor?”. El Señor
respondió: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues.
16 Pero levántate y ponte de pie, porque me he
aparecido a ti para nombrarte servidor y testigo

de lo que has visto de mí y de las cosas en que
me apareceré a ti.
17 Te libraré del pueblo y de los gentiles, a
quienes yo te envío
18 para abrirles los ojos, para que se vuelvan
de las tinieblas a la luz y de la autoridad de
Satanás a Dios, a fin de que reciban perdón de
pecados y una herencia entre los santificados
por la fe en mí".

Pablo obedece a la visión

19 Por eso, rey Agripa, no fui desobediente a la
visión celestial,
20 sino que anuncié primero a los de Damasco,
luego a los de Jerusalén y de toda la región de
Judea, y también a los gentiles, que se
arrepintieran y se volvieran a Dios, realizando
obras dignas del arrepentimiento.
21 Por esto los judíos me apresaron en el
templo e intentaban matarme.
22 Pero, con la ayuda de Dios, sigo hasta este
día dando testimonio a pequeños y grandes, sin
decir nada fuera de lo que los profetas y Moisés
anunciaron que había de suceder:
23 que el Cristo sufriría y que, siendo el
primero en resucitar de entre los muertos,
anunciaría luz tanto al pueblo como a los
gentiles».

Las respuestas de Festo y Agripa al testimonio

24 Mientras decía estas cosas en su defensa,
Festo exclamó con fuerte voz: «¡Estás loco,
Pablo! Tanto estudio te está llevando a la
locura».

25 Pero Pablo respondió: «No estoy loco,
excelentísimo Festo; pronuncio palabras de
verdad y de sensatez.
26 El rey conoce estas cosas, y por eso le hablo
con confianza. Estoy convencido de que nada de
esto le pasa inadvertido, porque no sucedió en
un rincón.
27 Rey Agripa, ¿cree usted a los profetas? Yo sé
que cree».
28 Agripa dijo a Pablo: «¿En tan poco tiempo
me persuades a hacerme cristiano?».
29 Pablo respondió: «Quisiera Dios que, en
poco tiempo o en mucho, no solo usted, sino
también todos los que hoy me escuchan llegaran
a ser como yo, excepto por estas cadenas».
30 Entonces se levantaron el rey, el gobernador,
Berenice y los que estaban sentados con ellos.
31 Al retirarse, conversaban unos con otros y
decían: «Este hombre no hace nada que
merezca muerte o prisión».
32 Agripa dijo a Festo: «Este hombre podría
haber sido puesto en libertad si no hubiera
apelado al César».

27

Pablo es enviado a Roma

1 Cuando se decidió que navegáramos hacia
Italia, entregaron a Pablo y a otros presos a un
centurión llamado Julio, de la compañía Augusta.
2 Subimos a un barco de Adramitio que iba a
navegar hacia los puertos de Asia y zarpamos.
Nos acompañaba Aristarco, un macedonio de
Tesalónica.

3 Al día siguiente llegamos a Sidón. Julio trató
a Pablo con bondad y le permitió ir a sus amigos
para recibir sus cuidados.
4 Zarpamos de allí y navegamos al resguardo
de Chipre, porque los vientos eran contrarios.
5 Después de atravesar el mar frente a Cilicia y
Panfilia, llegamos a Mira de Licia.
6 Allí el centurión encontró un barco de
Alejandría que navegaba hacia Italia y nos hizo
subir a bordo.
7 Durante muchos días navegamos lentamente
y apenas logramos llegar frente a Gnido. Como
el viento no nos permitía avanzar, navegamos al
resguardo de Creta, frente a Salmón.
8 La costeamos con dificultad y llegamos a un
lugar llamado Buenos Puertos, cerca del cual
estaba la ciudad de Lasea.

La advertencia sobre la continuación del viaje

9 Había pasado bastante tiempo y la
navegación ya era peligrosa, porque incluso
había pasado el Ayuno. Pablo les advertía,
10 diciendo: «Hombres, veo que la travesía va a
traer daños y grandes pérdidas, no solo para la
carga y el barco, sino también para nuestras
vidas».
11 Pero el centurión confiaba más en el piloto y
en el dueño del barco que en lo que Pablo decía.
12 Como el puerto no era adecuado para pasar
el invierno, la mayoría decidió zarpar de allí,
por si lograban llegar a Fenice y pasar allí el
invierno. Era un puerto de Creta orientado al
suroeste y al noroeste.

La tempestad en el mar

13 Cuando comenzó a soplar suavemente un
viento del sur, pensaron que habían logrado su
propósito. Levaron anclas y navegaban cerca de
la costa de Creta.
14 Pero poco después se precipitó desde la isla
un viento huracanado llamado Euráquilo.
15 El barco fue arrastrado y no podía hacer
frente al viento, así que cedimos y nos dejamos
llevar.
16 Pasamos al resguardo de una pequeña isla
llamada Cauda y apenas pudimos asegurar el
bote.
17 Después de izarlo, utilizaron cuerdas de
refuerzo para ceñir el barco. Como temían
encallar en la Sirte, bajaron el aparejo y así se
dejaban llevar.
18 La tormenta nos azotaba con tal fuerza que
al día siguiente comenzaron a arrojar la carga al
mar.
19 Al tercer día, con sus propias manos
arrojaron el equipo del barco.
20 Durante muchos días no aparecieron ni el
sol ni las estrellas, y nos acosaba una fuerte
tempestad. Finalmente se iba perdiendo toda
esperanza de salvarnos.
21 Llevaban mucho tiempo sin comer.
Entonces Pablo se puso de pie en medio de ellos
y dijo: «Hombres, debieron hacerme caso y no
zarpar de Creta; así se habrían ahorrado estos
daños y pérdidas.

La promesa de Dios en medio de la tormenta

22 Pero ahora les aconsejo que tengan ánimo,
porque ninguno de ustedes perderá la vida; solo
se perderá el barco.
23 Porque esta noche se presentó junto a mí un
ángel del Dios a quien pertenezco y a quien
sirvo,
24 y me dijo: “No temas, Pablo; debes
comparecer ante el César. Mira, Dios te ha
concedido a todos los que navegan contigo”.
25 Por eso, hombres, tengan ánimo, porque le
creo a Dios: sucederá tal como se me ha dicho.
26 Pero tenemos que encallar en alguna isla».

27 Cuando llegó la decimocuarta noche,
mientras éramos llevados de un lado a otro por
el mar Adriático, hacia la medianoche los
marineros sospecharon que se acercaban a
tierra.
28 Echaron la sonda y encontraron unos
treinta y siete metros de profundidad. Un poco
más adelante volvieron a echarla y encontraron
unos veintisiete metros.
29 Temiendo que fuéramos a dar contra las
rocas, echaron cuatro anclas por la popa y
rogaban que amaneciera.
30 Los marineros intentaban huir del barco y
bajaron el bote al mar, con el pretexto de que
iban a echar anclas desde la proa.
31 Pablo dijo al centurión y a los soldados: «Si
estos no permanecen en el barco, ustedes no
pueden salvarse».
32 Entonces los soldados cortaron las cuerdas
del bote y lo dejaron caer.

33 Cuando estaba por amanecer, Pablo

animaba a todos a comer, diciendo: «Hoy hace
catorce días que permanecen a la espera y sin
comer, sin haber tomado nada.
34 Por eso les ruego que coman, porque esto es
necesario para su salvación; no se perderá ni un
cabello de la cabeza de ninguno de ustedes».
35 Después de decir esto, tomó pan, dio gracias
a Dios delante de todos, lo partió y comenzó a
comer.
36 Entonces todos cobraron ánimo y también
comieron.
37 Éramos en total doscientas setenta y seis
personas en el barco.
38 Después de comer hasta quedar satisfechos,
aligeraban el barco arrojando el trigo al mar.

El naufragio

39 Cuando se hizo de día, no reconocían la
tierra, pero divisaban una bahía con una playa,
en la que pensaban varar el barco si podían.
40 Soltaron las anclas y las dejaron en el mar;
al mismo tiempo desataron las amarras de los
timones, izaron la vela de proa al viento y se
dirigieron hacia la playa.
41 Pero dieron en un lugar donde se
encontraban dos corrientes y encallaron el
barco. La proa quedó clavada e inmóvil,
mientras la popa se deshacía por la violencia del
mar.
42 Los soldados decidieron matar a los presos,
para que ninguno escapara nadando.
43 Pero el centurión, que quería salvar a Pablo,
les impidió llevar a cabo su propósito. Ordenó

que los que sabían nadar se lanzaran primero al
agua y salieran a tierra,
44 y que los demás lo hicieran unos sobre
tablas y otros sobre restos del barco. Así todos
llegaron a salvo a tierra.

28

Pablo en la isla de Malta

1 Cuando estuvimos a salvo, supimos que la
isla se llamaba Malta.
2 Los habitantes de la isla nos mostraron una
bondad extraordinaria. Encendieron una fogata
y nos recibieron a todos, a causa de la lluvia que
caía y del frío.
3 Pablo había recogido un manojo de ramas
secas y lo echó al fuego. Una víbora salió por el
calor y se le prendió de la mano.
4 Cuando los habitantes de la isla vieron el
animal colgando de su mano, se decían unos a
otros: «Sin duda este hombre es un asesino:
aunque se ha salvado del mar, la justicia no le
permite vivir».
5 Pero él sacudió el animal en el fuego y no
sufrió ningún daño.
6 Ellos esperaban que se hinchara o que
cayera muerto de repente. Después de esperar
mucho y ver que no le sucedía nada malo,
cambiaron de opinión y decían que era un dios.
7 Cerca de aquel lugar había propiedades del
principal de la isla, llamado Publio. Él nos
recibió y nos hospedó amablemente durante
tres días.

8 El padre de Publio estaba postrado en cama,
aquejado de fiebres y disentería. Pablo entró a
verlo, oró, le impuso las manos y lo sanó.
9 Después de esto, también los demás
enfermos de la isla acudían y eran sanados.
10 Nos honraron con muchas atenciones y,
cuando zarpamos, nos proveyeron de lo
necesario.

Pablo llega a Roma

11 Pasados tres meses, zarpamos en un barco
de Alejandría que había pasado el invierno en la
isla y que tenía como emblema a Cástor y Pólux.
12 Llegamos a Siracusa y permanecimos allí
tres días.
13 Desde allí levamos anclas y llegamos a
Regio. Un día después comenzó a soplar el
viento del sur, y al segundo día llegamos a
Puteoli.
14 Allí encontramos a unos hermanos que nos
invitaron a permanecer con ellos siete días. Y
así llegamos a Roma.
15 Los hermanos de allí, al enterarse de
nosotros, salieron a nuestro encuentro hasta el
Foro de Apio y las Tres Tabernas. Al verlos,
Pablo dio gracias a Dios y cobró ánimo.
16 Cuando entramos en Roma, se permitió a
Pablo vivir aparte, con el soldado que lo
custodiaba.

Pablo predica en Roma

17 Tres días después convocó a los principales
de los judíos. Cuando se reunieron, les dijo:
«Hermanos, aunque no he hecho nada contra el

pueblo ni contra las costumbres de nuestros
padres, fui entregado preso desde Jerusalén en
manos de los romanos.
18 Ellos me interrogaron y querían dejarme en
libertad, porque no había en mí ningún motivo
para darme muerte.
19 Pero, como los judíos se oponían, me vi
obligado a apelar al César, sin que tenga nada de
qué acusar a mi nación.
20 Por eso les he pedido verlos y hablar con
ustedes, porque llevo esta cadena por la
esperanza de Israel».
21 Ellos le respondieron: «No hemos recibido
cartas de Judea acerca de ti, ni ha llegado
ninguno de los hermanos para informar o decir
algo malo de ti.
22 Pero queremos escuchar de ti lo que
piensas, porque sabemos que en todas partes se
habla contra esta secta».

El anuncio de Jesús y las respuestas en Roma

23 Fijaron un día con él y acudieron en mayor
número al lugar donde se hospedaba. Desde la
mañana hasta la tarde les exponía el reino de
Dios y daba solemne testimonio de él, tratando
de persuadirlos acerca de Jesús a partir de la ley
de Moisés y de los Profetas.
24 Unos se dejaban persuadir por lo que decía,
pero otros no creían.
25 Como no estaban de acuerdo entre sí,
comenzaron a retirarse, después de que Pablo
dijo estas palabras: «Bien habló el Espíritu Santo
a sus padres por medio del profeta Isaías,

26 diciendo: “Ve a este pueblo y di: Oirán y
oirán, pero no entenderán; mirarán y mirarán,
pero no percibirán.
27 Porque el corazón de este pueblo se ha
vuelto insensible; con los oídos han oído con
dificultad y han cerrado sus ojos, para no ver
con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con
el corazón, ni volverse, y que yo los sane”.
28 Sepan, pues, que esta salvación de Dios ha
sido enviada a los gentiles; ellos sí escucharán».
29 [Después de que él dijo esto, los judíos se
fueron, discutiendo mucho entre ellos.]

El evangelio continúa anunciándose en Roma

30 Permaneció dos años enteros en un
alojamiento que él mismo alquilaba y recibía a
todos los que venían a él,
31 proclamando el reino de Dios y enseñando
lo referente al Señor Jesucristo, con toda valentía
y sin impedimento.

Nueva Traducción BibliaTodo
The Holy Bible in Spanish, Nueva Traducción BibliaTodo translation

copyright © 2026 BibliaTodo LLC

Language: Español (Spanish)

Dialect: Latin American

Santa Biblia, Nueva Traducción BibliaTodo (NTBT). Publicada por BibliaTodo Bible Society, sello editorial de BibliaTodo LLC.
https://www.bibliatodo.org/es/ntbt/

2026-11-06

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 6 Nov 2026 from source files dated 6 Nov 2026
f679fc02-fe47-5e73-b7b9-74d4193a2d39